

Tres cuentos

Gustave Flaubert



**BIBLIOTECA DIGITAL MINERD
DOMINICANA LEE**

UN CORAZÓN SENCILLO

I

Durante medio siglo las vecinas acomodadas de Pontl'Évêque envidiaron a la señora de Aubain su criada Felicitas.

Por cien francos al año cocinaba, arreglaba la casa, cosía, lavaba y planchaba, sabía embridar un caballo, cebar las aves de corral, batir la manteca; y además se mantuvo fiel a su ama, la que, sin embargo, no era una persona agradable.

Se había casado con un buen muchacho sin fortuna que murió a comienzos de 1809, dejándole dos niños muy pequeños y una cantidad de deudas. Entonces vendió sus fincas, con excepción de la granja de Toucques y la de GefTosses, cuyas rentas ascendían a 5.000 francos a lo sumo, y dejó su casa de Saint-Melaine para vivir en otra menos costosa que había pertenecido a sus antepasados y se hallaba detrás del mercado.

Esa casa, con techo de pizarra, estaba entre un pasaje y una callejuela que iba a dar al río. Tenía interiormente diferencias de nivel que hacían tropezar. Un vestíbulo estrecho separaba la cocina de la sala, donde la señora de Aubain pasaba todo el día sentada junto a la ventana en un sillón de paja. Contra el zócalo, pintado de blanco, se alineaban ocho sillas de caoba. Un viejo piano soportaba, bajo un barómetro, un montón piramidal de cajas y sombrereras. Dos butacas tapizadas flanqueaban la chimenea de mármol amarillo y de estilo Luis XV. El reloj, en el centro, representaba un templo de Vesta, y toda la habitación olía un poco a moho, pues el entarimado quedaba más bajo que el jardín.

En el piso alto estaba en primer lugar el dormitorio de "la señora", muy grande, revestido con un papel de flores pálidas y adornado con el retrato del "señor" ataviado a lo lechuguino. Esa habitación se comunicaba con otra más pequeña, donde se veían dos camitas de niño sin colchones. Luego venía el salón, siempre cerrado y lleno de muebles enfundados. A continuación un pasillo llevaba a un gabinete de estudio; libros y papelotes guarnecían los estantes de una biblioteca que rodeaba por tres de sus lados a un gran escritorio de madera negra. Los dos entrepaños en ángulo se ocultaban bajo dibujos a pluma, paisajes a la acuarela y grabados de Audran, recuerdos de una época mejor y de un lujo desaparecido. En el segundo piso, un tragaluz iluminaba la habitación de Felicitas, que daba a las praderas.

Felicitas se levantaba al amanecer para no perder la misa, y trabajaba hasta la noche sin interrupción; luego, terminada la cena, en orden la vajilla y la puerta bien cerrada, ocultaba los rescoldos bajo las cenizas y se dormía ante el hogar con el rosario en la mano. Nadie mostraba más obstinación en los regateos. En cuanto a la limpieza, el bruñido de sus cacerolas causaba la desesperación de las otras sirvientas. Económica, comía con lentitud y recogía de la mesa con los dedos las migajas de su pan, un pan de doce libras cocido ex profeso para ella y que duraba veinte días.

En todas Las estaciones llevaba un pañuelo de indiana sujeto a la espalda con un alfiler, una toca que le ocultaba el cabello, medias grises, falda roja y sobre la camisola un delantal con pechero, como las enfermeras de los hospitales.

Su rostro era enjuto y su voz aguda. A los veinticinco años se le calculaba cuarenta. Desde la cincuentena ya no mostró edad alguna; y siempre silenciosa, con el cuerpo erguido y los gestos medidos, parecía una mujer de madera que funcionaba de manera automática.

II

Había tenido, como cualquier otra, su historia amorosa. Su padre, albañil, se había matado al caer de un andamio.

Luego murió su madre, sus hermanas se dispersaron, la recogió un labrador y la dedicó desde pequeña a guardar las vacas en el campo. Tiritaba bajo los harapos, bebía boca, abajo el agua de los charcos, le pegaban con cualquier motivo y finalmente la echaron por un robo de un franco y medio que no había cometido. Entró en otra granja, donde trabajó como moza de corral, y como era del agrado de los patrones, sus compañeras la envidiaban.

Una noche de agosto, cuando tenía dieciocho años, la llevaron a la feria de Colleville. En seguida la aturdieron y dejaron estupefacta el estruendo de los músicos de aldea, las luces en los árboles, el abigarramiento de los vestidos, los encajes, las cruces de oro y la multitud de gente que saltaba al mismo tiempo. Ella se mantenía apartada modestamente, cuando un joven bien trajeado, y que fumaba su pipa apoyado en la lanza de un carricoche, la invitó a bailar. La obsequió con sidra, café, galletas y un pañuelo de seda, e imaginándose que ella barruntaba su intención, se ofreció a acompañarla. A la orilla de un campo de avena la revolcó brutalmente. Ella se asustó y comenzó a gritar. El joven se alejó.

Otra noche, en el camino de Beaumont, quiso adelantarse a un carretón de heno que avanzaba lentamente, y al pasar rozando las ruedas reconoció a Teodoro.

El se le acercó con aire tranquilo y le dijo que debía perdonarle todo, porque "la culpa la tenía la bebida".

Ella no supo qué responder y deseaba huir.

Inmediatamente él habló de las cosechas y de los notables del pueblo, pues su padre se había trasladado de Colleville a la granja de los Ecots, de manera que ahora eran vecinos. - "¡Ah!", -dijo ella

Él añadió que deseaban casarlo. Pero no tenía prisa y esperaría hasta encontrar una mujer de su gusto. Felicitas bajó la cabeza y Teodoro le preguntó si pensaba en el matrimonio. Ella contestó, sonriendo, que hacía mal en burlarse.

-¡Pero no, se lo juro!

Y con el brazo izquierdo le rodeó la cintura; disminuyeron el paso. El viento soplaba suavemente, las estrellas brillaban, el carretón de heno oscilaba delante de ellos, y los cuatro caballos, arrastrando las patas, levantaban el polvo.

Luego, sin que se lo ordenaran, giraron hacia la derecha. Él la abrazó una vez más y ella desapareció en la oscuridad.

A la semana siguiente Teodoro consiguió algunas citas.

Se encontraban en el fondo de los corrales, detrás de tina tapia, bajo un árbol solitario. Ella no era inocente a la manera de las señoritas -los animales la habían instruido pero la razón y el instinto del honor le impidieron caer. Esa resistencia exasperó el amor de Teodoro, tanto que para satisfacerlo, o ingenuamente tal vez, le propuso casamiento. Como ella vacilaba en creerle,

le hizo grandes juramentos.

Pronto él confesó algo enfadoso: el año anterior sus padres le habían comprado un hombre, pero de un día a otro podían volver a llamarlo, y la idea del servicio militar le espantaba. Esa cobardía fue para Felicitas una prueba de cariño, y aumentó el suyo. Se escapaba por la noche y cuando llegaba a la cita Teodoro la torturaba con sus inquietudes y súplicas.

Por fin anunció que iría él mismo a la Prefectura para tomar informes y los traería el domingo siguiente entre las once y las doce de la noche.

Cuando llegó el momento, Felicitas corrió hacia el enamorado.

En su lugar encontró a uno de sus amigos.

Este le dijo que no volvería a verlo. Para librarse del servicio Teodoro se había casado con una vieja muy rica, la señora Leoussais, de Toucquet.

La aflicción de Felicitas fue muy grande. Se arrojó por tierra, gritó, invocó a Dios, y se quedó gimiendo sola en el campo hasta la salida del sol. Luego volvió a la granja, declaró su propósito de irse, y al cabo de un mes, cuando recibió su salario, guardó todas sus pobres pertenencias en un pañuelo y se dirigió a Pont-l'Évêque.

Delante de la posada, interrogó a una señora con capelina de viuda y que, precisamente, buscaba una cocinera. La muchacha no sabía gran cosa, pero parecía tener tan buena voluntad y tan pocas exigencias, que la señora de Aubain terminó por decirle:

-Está bien, la acepto.

Un cuarto de hora después, Felicitas estaba instalada en su casa.

Al principio, vivió en ella en una especie de temblor que le causaban "el tono de la casa" y el recuerdo del "señor" que se cernía sobre todo. Pablo y Virginia, el uno de siete años y la otra de apenas cuatro, le parecían hechos de una materia preciosa; los llevaba a cuestras como un caballo y la señora de Aubain le prohibió que los besara a cada minuto, lo que le mortificaba. Sin embargo, se sentía feliz. La apacibilidad del medio ambiente había disipado su tristeza.

"Todos los jueves iban los amigos de la casa a jugar una partida de Boston. Felicitas preparaba de antemano los naipes, y los braseros. Llegaban a las ocho en punto y se retiraban antes de que dieran las once.

Todos los lunes por la mañana el chamarilero que vivía bajo la recova instalaba en el suelo su chatarra. Luego la ciudad se llenaba de un zumbido de voces, con las que se mezclaban relinchos de caballos, balidos de ovejas, gruñidos de cerdos y el ruido seco de los carros en la calle. Hacia el mediodía, cuando el mercado estaba en su mayor actividad, aparecía en la puerta un viejo campesino de alta estatura, la gorra echada hacia atrás y nariz aquilina. Era Robelin, el arrendatario de Geflösses. Poco después llegaba Liébard, el arrendatario de Toucques, pequeño, colorado, obeso, vestido con pelliza gris y polainas armadas con espuelas.

Los dos ofrecían a la propietaria gallinas o quesos Felicitas desbarataba invariablemente sus astucias y ellos se iban llenos de consideración por ella.

En épocas indeterminadas la señora de Aubain recibía la visita del marqués de Gremenville, uno de sus tíos, arruinado por la crápula y que vivía en Falaise de la última parcela de sus tierras. Se presentaba siempre a la hora del almuerzo, con un horrible perro de aguas que ensuciaba todos los muebles con las patas. A pesar de sus esfuerzos para parecer caballero, hasta el punto de descubrirse cada vez que decía: ".Mi difunto padre", se dejaba llevar por la costumbre, bebía un vaso tras otro y decía chocarrerías. Felicitas lo echaba cortésmente, diciéndole:

-Ya está cansado, señor de Gremenville. ¡Hasta la próxima!

Y cerraba la puerta.

La abría complacida al señor Bourais, ex procurador. Su corbata blanca y su calva, la pechera de su camisa, su amplia levita parda, su manera de tomar rapé arqueando el brazo, toda su persona le causaba la turbación en que nos sume el espectáculo de los hombres extraordinarios.

Como administraba las propiedades de "la señora", se encerraba con ella durante horas en el despacho del "señor". Temía siempre comprometerse, sentía un respeto infinito por la magistratura y tenía pretensiones de latinista.

Para instruir a los niños de una manera agradable les regaló una geografía con láminas que representaban diferentes paisajes del mundo, antropófagos con plumas en la cabeza, un mono raptando a una señorita, beduinos en el desierto, una ballena arponeada, etcétera.

Pablo explicaba esos grabados a Felicitas, y esa fue toda su educación literaria.

La de los niños estaba a cargo de Guyot, un pobre-diablo empleado en la Alcaldía, famoso por su buena letra y que afilaba el cortaplumas en la bota.

Cuando hacía buen tiempo iban temprano a la granja de Geffosses.

El corral estaba en pendiente, la casa en el centro, y el mar, a lo lejos, parecía una mancha gris.

Felicitas sacaba de la cesta lonjas de carne fría que comían en una habitación contigua al establo de las vacas. Era lo único que quedaba de una casa de recreo ya desaparecida. El papel de la pared, hecho jirones, se agitaba con las corrientes de aire. La señora de Aubain inclinaba la cabeza, abrumada por los recuerdos; los niños no se atrevían a hablar. — ¡Pero jugad!", les decía, y los niños se iban.

Pablo subía al hórreo, cazaba pájaros, hacía rebotar piedras en la charca, o golpeaba con un palo los grandes toneles, que resonaban como tambores.

Virginia daba 'de comer a los conejos, corría para recoger azulejos y la rapidez de sus piernas dejaba en descubierto sus pantaloncitos bordados.

Una tarde de otoño regresaban por los pastos.

La luna, en cuarto creciente, iluminaba una parte del cielo y la niebla flotaba como una faja sobre las sinuosidades del Toucques. Unos bueyes tendidos en la hierba contemplaban tranquilamente el paso de aquellas cuatro personas. En el tercer pasto se levantaron algunos y se colocaron en círculo delante de ellos.

-No teman -dijo Felicitas.

Y murmurando una especie de lamento acarició el lomo al que estaba más cerca; el buey volvió grupas y los otros lo imitaron. Pero cuando ya habían atravesado el pasto oyeron un mugido terrible. Era un toro oculto por la niebla, que avanzaba hacia las dos mujeres. La señora de Aubain se disponía a correr.

-¡No, no, más despacio! -les gritó Felicitas.

Pero ellas aceleraron el paso, oyendo a su espalda un resoplido sonoro que se acercaba. Las pezuñas del toro golpeaban como martillos la hierba de la pradera, ¡y en aquel momento galopaba! Felicitas se volvió, arrancó con las dos manos unos terrones y se los arrojó a los ojos. El toro bajaba el hocico, sacudía los cuernos, temblaba de furor y mugía horriblemente. La señora de Aubain, ya en la linde del prado con los niños, buscaba, fuera de sí, la manera de pasar al otro lado. Felicitas seguía retrocediendo ante el toro y le lanzaba continuamente terrones que le cegaban, mientras gritaba:

¡Corran! ¡Corran!

La señora de Aubain bajó a la zanja, alzó a Virginia y luego a Pablo y cayó muchas veces al tratar de trepar por el talud, pero a fuerza de coraje lo consiguió.

El toro había acosado a Felicitas contra una tranquera y le lanzaba su baba a la cara; un segundo más e iba a destriparla. Pero ella tuvo tiempo para deslizarse entre dos estacas, entonces, el furioso animal, muy sorprendido, se detuvo.

Ese acontecimiento fue durante muchos años un tema de conversación en Pont-l'Évêque. Felicitas no se envaneció por ello y ni siquiera sospechó que hubiese hecho algo heroico.

Tenía que atender exclusivamente a Virginia, quien, a consecuencia del susto, sufrió una afección nerviosa. El señor Poupart, el médico, aconsejó los baños de mar en Trouville.

En esa época no eran frecuentes. La señora de Aubain se informó, consultó a Bourais e hizo preparativos como para un largo viaje.

Su equipaje salió la víspera en el carro de Liébard. Este llevó al día siguiente dos caballos, uno con silla de mujer y respaldo de terciopelo, y el otro con una manta enrollada como asiento en la grupa. La señora de Aubain montó en él detrás de Liébard. Felicitas se encargó de Virginia, y Pablo montó a horcajadas en el asno del señor Lechaptois, que se lo prestó con la condición de que lo cuidara bien.

El camino era tan malo que sus ocho kilómetros exigieron dos horas. Los caballos se hundían hasta las ranillas en el barro, y para salir de él hacían movimientos bruscos con las ancas, o bien tropezaban en los baches; otras veces, tenían que saltar. La yegua de Liébard se paraba de pronto en ciertos lugares. El esperaba pacientemente a que volviera a ponerse en marcha, y hablaba de las personas cuyas propiedades se hallaban al borde del camino, agregando a su relato reflexiones morales. Por ejemplo, al llegar a Touques, al pasar bajo las ventanas rodeadas de capuchinas, dijo, con un encogimiento de hombros:

-He ahí una, la señora Lehoussais, que en vez de elegir un joven...

Felicitas no oyó el resto: los caballos trotaban, el asno Y galopaba; todos enfilaron un sendero, giró una barrera, aparecieron dos mozos, y se apearon ante el estiércol en el umbral mismo de la puerta.

La tía Liébard, al ver a su ama, prodigó las manifestaciones de alegría. Les sirvió un almuerzo en el que había un solomillo, mondongo, morcilla, guisado de pollo, sidra espumante, una tarta de compota y ciruelas en aguardiente, acompañándolo todo con cumplidos a la señora, que parecía gozar de muy buena salud; a la señorita, que se había puesto "magnífica"; al señorito Pablo, hecho un buen mozo; sin olvidar a sus abuelos difuntos que los Liébard habían conocido, pues estaban al servicio de la familia desde hacía muchas generaciones. La granja tenía, como ellos, aspecto de antigüedad. Las vigas del techo estaban carcomidas; las paredes, ennegrecidas por el humo; los vidrios, grises de polvo. Un aparador de roble sostenía toda clase de utensilios: jarras, platos, escudillas de estaño, cepos para lobos, esquiladoras para las ovejas, y una jeringa enorme que hizo reír a los niños. En los tres patios no había un árbol que no tuviera setas al pie, o una mata de muérdago en las ramas. El viento había derribado muchos, que volvían a brotar por el medio, y todos se encorvaban bajo el peso de la gran cantidad de manzanas. Los techos de paja, parecidos a terciopelo oscuro y de espesor desigual, resistían a las borrascas más fuertes. Sin embargo, la carretería estaba completamente arruinada. La señora de Aubain dijo que se ocuparía de ello y ordenó que volvieran a aparejar los caballos.

Tardaron otra media hora en llegar a Trouville. La pequeña caravana se apeó para pasar los *Écores*; era un acantilado desde donde se dominaba las embarcaciones; y tres minutos después, al final del muelle, entraron en el patio de *El Cordero de Oro*, propiedad de la vieja David.

Desde los primeros días, Virginia se sintió menos débil como consecuencia del cambio de aire y de la acción de los baños. Los tomaba en camisa, a falta de traje de baño, y su niñera la

vestía en una caseta de aduanero que utilizaban los bañistas.

Por las tardes iban con el asno hasta más allá de RochesNoires, por el lado de Hennequeville. El sendero subía al principio por terrenos ondulados a modo de valle y cubiertos de césped como un parque, y luego llegaba a una meseta donde alternaban los pastos con los campos de labranza. A la orilla del camino, entre la maleza de espinos, se alzaban los acebos-aquí y allá un gran árbol muerto trazaba un zigzag con sus ramas en el aire azul.

Casi siempre descansaban en un prado, con Deauville a la izquierda, El Havre a la derecha y enfrente la alta mar. Ésta brillaba al sol, lisa como un espejo, tan apacible que apenas se oía su murmullo; piaban gorriones invisibles y la bóveda inmensa del cielo lo cubría todo. La señora de Aubain, sentada, trabajaba en su labor de costura; Virginia, a su lado, trenzaba juncos; Felicitas recogía flores de alhucema; y Pablo, que se aburría, quería irse.

Otras veces, después de cruzar el Toucques en bote, buscaban conchillas. La marea baja dejaba en descubierto erizos, caracolas y medusas, y los niños corrían para apoderarse de los copos de espuma que se llevaba el viento. Las ondas adormecidas caían sobre la arena y se extendían a lo largo de la playa, que se prolongaba hasta perderse de vista, aunque por el lado de la tierra la limitaban las dunas, separándola del *Marais*, extensa pradera en forma de hipódromo. Cuando volvían por allí, Trouville, en el fondo sobre la pendiente del cerro, se agrandaba a cada paso, y con todas sus casas desiguales parecía dilatarse en un desorden alegre.

Los días en que hacía demasiado calor no salían de su - habitación. La claridad deslumbradora del exterior ponía barras de luz entre las varillas de las persianas. Ningún ruido en la aldea. Y nadie abajo, en la acera. Ese silencio expandido aumentaba la tranquilidad de las cosas. A lo lejos, los martillos de los calafateadores carenaban las embarcaciones y una brisa pesada traía en un soplo el olor de la brea.

La principal diversión era el regreso de las barcas. Apenas pasaban las balizas comenzaban a bordear. Sus velas descendían hasta los dos tercios de los mástiles, y con la mesana inflada como un globo, avanzaban, deslizándose entre el cabrileo de las olas hasta el centro del puerto, donde caía de golpe el ancla. Luego, la embarcación se colocaba junto al muelle. Los marineros arrojaban por encima de la borda los peces palpitantes; una fila de carros los esperaba, y mujeres con gorro de algodón se abalanzaban para tomar las cestas y abrazar a sus hombres.

Un día, una de ellas se acercó a Felicitas, quien un rato más tarde entró en la habitación radiante de alegría. Había encontrado a una hermana, y Nastasia Barette, esposa de Leroux, se presentó con un nene al pecho, otro niño asido a su mano derecha, y a la izquierda un grumetillo con los puños en las caderas y la boina sobre la oreja.

Al cabo de un cuarto de hora la señora de Aubain los despidió.

Se los encontraba siempre en las cercanías de la cocina o en los paseos que daban. El marido no se dejaba ver.

Felicitas se encariñó con ellos. Les compró una manta, camisas y un hornillo; evidentemente la explotaban. Esa debilidad irritaba a la señora de Aubain, a quien por otra parte no le gustaban las familiaridades del sobrino, que tuteaba a su hijo; y como Virginia tosía y el tiempo no era ya bueno, volvió a Pont-l'Évêque. - El señor Bourais le aconsejó respecto a la elección de colegio. El de Caen pasaba por ser el mejor. Allí enviaron a Pablo, quien se despidió muy animoso, contento porque iba a vivir en una casa donde tendría compañeros.

La señora de Aubain se resignó a separarse de su hijo porque era indispensable. Virginia se acordaba de él cada vez menos. Felicitas echaba de menos su alboroto. Pero una nueva tarea la distrajo: desde la Navidad, llevó a la niña diariamente al catecismo.

III

Después de hacer en la puerta una genuflexión, avanzaba por la alta nave entre la doble hilera de sillas, abría el banco de la señora de Aubain, se sentaba y paseaba la mirada a su alrededor.

Los muchachos a la derecha y las niñas a la izquierda, llenaban los sitios del coro; el cura se mantenía de pie cerca del facistol; en una vidriera del ábside el Espíritu Santo se cernía sobre la Virgen; en otro aparecía ésta de rodillas ante el Niño Jesús; y detrás del tabernáculo una talla en madera representaba a San Miguel derribando al dragón.

El sacerdote comenzaba haciendo un resumen de la historia sagrada. Felicitas creía ver el Paraíso, el diluvio, la torre de Babel, ciudades incendiadas, multitudes que morían, ídolos derribados; y de ese deslumbramiento conservó el respeto por el Altísimo y el temor de su ira. Luego lloró escuchando el relato de la Pasión. ¿Por qué le habían crucificado, a Él, que amaba a los niños, alimentaba a la gente, sanaba a los ciegos y había querido, por bondad, nacer entre los pobres, sobre el estiércol de un establo? Las siembras, las cosechas, los lagares, todas esas cosas ordinarias de que habla el Evangelio las tenía ella en su vida; el paso de Dios las había santificado, y en adelante amó más tiernamente a los corderos por amor al Cordero, y a las palomas a causa del Espíritu Santo.

Se le hacía difícil imaginarse a éste, porque no era solamente un ave, sino también un fuego, y otras veces un soplo. Era tal vez su luz la que revolotea en las orillas de los pantanos, su aliento el que empuja a las nubes, su voz la que hace armoniosas las campanas; y se quedaba en adoración, gozando de la frescura de las paredes y la tranquilidad del templo.

En cuanto a los dogmas, no los comprendía ni trataba de comprenderlos. El cura hablaba, los niños recitaban y ella terminaba durmiéndose; y se despertaba de pronto cuando al salir los otros hacían resonar las losas con los zuecos.

De esta manera, a fuerza de oírlo, fue como aprendió el catecismo, pues en su juventud habían descuidado su educación religiosa; y desde entonces imitó todas las prácticas de Virginia, ayunaba como ella y se confesaba al mismo tiempo que ella. El día del Corpus hicieron juntas un altar.

La primera comunión la atormentó por adelantado. Se preocupó por los zapatos, el rosario, el libro de oraciones y los guantes. ¡Con qué temblor ayudó a su madre a vestirla!

Durante toda la misa estuvo angustiada. El señor Bourais le ocultaba un lado del coro; pero justamente enfrente el conjunto de vírgenes, con sus coronas blancas y sus velos echados, formaba como un campo nevado, y en él reconoció desde lejos a su niña querida por su cuello más lindo y su actitud recogida. Sonó la campana. Las cabezas se inclinaron y se produjo un silencio. A los acordes del órgano los chantres y la multitud entonaron el *Agnus Dei*; luego comenzó el desfile de los muchachos, y a continuación se levantaron las niñas. Paso a paso, con las manos juntas, se dirigían al altar completamente iluminado, se arrodillaban en el primer peldaño, recibían la hostia sucesivamente y en el mismo orden volvían a sus reclinatorios. Cuando le llegó el turno a Virginia, Felicitas se inclinó para verla, y con la imaginación que da el verdadero cariño, le pareció que aquella niña era ella misma, que su rostro se convertía en el suyo, que su traje la vestía, que su corazón le latía en el pecho; y en el momento en que Virginia abría la boca y cerraba los ojos estuvo a punto de desmayarse.

Al día siguiente, muy temprano, se presentó en la sacristía para que el señor cura le diera

la comunión. La recibió devotamente, pero no experimentó las mismas delicias.

La señora de Aubain quería hacer de su hija una persona perfecta, y como Guyot no podía enseñarle el inglés ni la música, resolvió ponerla como pupila en el colegio de las ursulinas de Honfleur.

La niña no se opuso. Felicitas suspiraba y pensaba que la señora era insensible. Luego creyó que la señora tal vez tuviera razón. Esas cosas no eran de su incumbencia.

Por fin, un día, un viejo carruaje se detuvo ante la puerta, y de él se apeó una monja que venía en busca de la señorita. Felicitas subió los equipajes a la baca, hizo recomendaciones al cochero y colocó en la caja del vehículo seis tarros de dulce y una docena de peras, más un ramo de violetas.

En el último momento, Virginia estalló en un gran sollozo, abrazó a su madre, que la besaba en la frente y repetía: "¡Vamos! ¡Ánimo, ánimo!" y levantaron el estribo. El coche partió.

Entonces, la señora de Aubain sintió un desfallecimiento, y por la tarde todos sus amigos, el matrimonio Lormeau, la señora Lechaptois, las señoritas Rochefeuille, el señor de Houppesville y Bourais se presentaron para consolarla.

La ausencia de su hija fue para ella muy dolorosa al principio. Pero tres veces por semana recibía una carta de la niña, y los otros días le escribía ella, se paseaba por el jardín, leía un poco y de esa manera llenaba el vacío de sus horas.

Por la mañana, según su costumbre, Felicitas entraba en la habitación de Virginia y contemplaba las paredes. Le ponía de mal humor no tener que peinarla, ni atarle los zapatos, ni doblarle la ropa de la cama, y no ver ya continuamente su cara graciosa, no llevarla de la mano cuando salían juntas. En sus ratos de ocio trataba de hacer encaje, pero sus dedos demasiado torpes rompían los hilos; no servía para nada, había perdido el sueño y, según su expresión, estaba "consumida".

Con el fin de "disiparse" pidió permiso para recibir a su sobrino Víctor.

Llegó el domingo, después de la misa, con las mejillas rosadas, el pecho desnudo y oliendo al campo por el que había pasado. Inmediatamente ella le preparó la mesa. Comieron el uno frente al otro, ella lo menos posible para ahorrar el gasto, pero al sobrino lo atiborró de tal modo que se quedó dormido. Al primer toque de Vísperas lo despertó, le cepilló el pantalón, le anudó la corbata y lo llevó a la iglesia, apoyada en su brazo con orgullo maternal.

Sus padres le encargaban siempre que llevara algo; un paquete de azúcar negra, jabón, aguardiente, y a veces incluso dinero. Él llevaba sus ropas viejas para que ella las remendara, y Felicitas aceptaba esa tarea, contenta porque era un motivo que obligaba a volver a su sobrino.

En el mes de agosto su padre lo llevó al cabotaje.

Era la época de las vacaciones. La llegada de los niños le consoló. Pero Pablo se iba poniendo caprichoso y Virginia no tenía ya edad para que se le tutease, lo que creaba una incomodidad, una barrera entre ellos.

Víctor fue sucesivamente a Morlaix, Dunkerque y Brighton; al regreso de cada viaje le hacía un regalo. La primera vez fue una caja de conchillas; la segunda, una taza de café; la tercera, un gran muñeco hecho con pan de centeno, miel y especias. Se iba embelleciendo, estaba bien formado, tenía un poco de bigote, bellos ojos francos y un sombrero de cuero echado hacia atrás como un piloto. Divertía a Felicitas contándole aventuras salpicadas con términos marinos.

Un lunes, el 14 de julio de 1819 -ella nunca olvidó la fecha- Víctor anunció que se había contratado para un largo viaje, y que dos días después por la noche iría en el paquebote de Honfleur a embarcarse en su goleta, la que zarparía de El Havre muy pronto. Probablemente estaría dos años ausente.

La perspectiva de una ausencia tan larga desconsoló a Felicitas, y para despedirle otra vez, el miércoles por la tarde, después de servir la comida a la señora, se calzó los zuecos y se tragó las cuatro leguas que separan a Pont-l'Évêque de Honfleur.

Cuando llegó al Calvario, en vez de tomar a la izquierda tomó a la derecha; se perdió en los astilleros, tuvo que retroceder y las personas a las que interrogó le instaron a que se apresurara. Dio la vuelta a la dársena llena de barcos, tropezó con las amarras y luego, como el terreno descendía y las luces se entrecruzaban, creyó que se había vuelto loca al ver unos caballos en el aire.

Al borde del muelle otros relinchaban, asustados por el mar. La polea que los alzaba los depositaba en un barco, donde se atropellaban los viajeros entre barricas de sidra, cestos de queso y sacos de trigo; se oía cacarear a las gallinas, el capitán juraba y un grumete se hallaba acodado en la serviola, indiferente a todo. Felicitas, que no lo había reconocido, gritaba: "¡Víctor!" El grumete levantó la cabeza, y cuando ella corrió hacia él retiraron de pronto la escala.

El paquebote, halado por mujeres que cantaban, salió del puerto. Sus cuadernas crujían y las fuertes olas le azotaban la proa. La vela cambió de dirección y ya no se vio a nadie; y en el mar plateado por la luna el paquebote formó una mancha negra que fue palideciendo, se hundió y desapareció.

Felicitas, al pasar junto al Calvario, quiso encomendar a Dios al ser que más amaba, y oró durante largo tiempo, de pie, con la cara bañada por las lágrimas y los ojos elevados hacia las nubes. La ciudad dormía, los aduaneros se paseaban, y el agua caía ininterrumpidamente por las aberturas de la represa, con un ruido de torrente. Dieron las dos.

El locutorio no se abriría hasta el amanecer. Un retraso seguramente contrariaría a la señora, por lo que, a pesar de su deseo de besar al otro niño, volvió a casa. Las mozas de la posada acababan de despertarse cuando entró en Pont-l'Évêque.

¡El pobre muchacho iba, pues, a rodar por las olas durante muchos meses! Los viajes anteriores no le habían asustado. De Inglaterra y de Bretaña se volvía, pero América, las colonias y las islas se perdían en una región vaga, en el otro extremo del mundo.

Desde entonces Felicitas pensó exclusivamente en su sobrino. Los días de sol se atormentaban acordándose de la sed que podía sufrir, y cuando había tormenta temía que le cayera un rayo. Al oír el viento que rugía en la chimenea y se llevaba las tejas, lo veía azotado por la misma tempestad en lo alto de un mástil roto, con el cuerpo tendido de espalda bajo una capa de espuma; o bien -recuerdos de la geografía con láminas- lo devoraban los salvajes, lo raptaban en un bosque los monos, o moría en una playa desierta. Pero nunca hablaba de sus inquietudes.

La señora de Aubain tenía otras con respecto a su hija.

Las buenas hermanas decían que era afectuosa, pero delicada. La menor emoción la turbaba. Tuvo que abandonar el piano.

Su madre exigía del convento una correspondencia regular. Una mañana no fue el cartero y se impacientó; se paseaba por la sala desde el sillón hasta la ventana. ¡Era realmente extraordinario! ¡Desde hacía cuatro días no tenía noticias!

Para que se consolara con su ejemplo, Felicitas le dijo: -Yo, señora, hace ya seis meses que no las recibo. -¿De quién?

La criada contestó en voz baja:

-De mi sobrino.

-¡Ah, de su sobrino!

Y, encogiéndose de hombros, la señora de Aubain reanudó su paseo, lo que quería decir:

"Yo no pensaba en eso. Además, me tiene sin cuidado. ¡Un grumete, un pelagatos, sin la menor importancia! En tanto que mi hija... ¡Imagínese!".

Aunque Felicitas estaba acostumbrada a la rudeza, se indignó contra la señora, pero luego olvidó.

Le parecía muy natural que su ama perdiera la cabeza cuando se trataba de su hija.

Los dos niños tenían para ella la misma importancia; el afecto de su corazón los unía y su destino debía ser el mismo.

El farmacéutico le dijo que el barco donde iba Víctor había llegado a La Habana. Había leído la información en un periódico.

A causa de los cigarros, se imaginaba que La Habana era un lugar donde no se hacía más que fumar, y Víctor andaba entre los negros envuelto en una nube de tabaco. En "caso necesario", ¿se podía volver de allí por tierra? ¿A qué distancia quedaba de Pont-l'Évêque? Para saberlo interrogó al señor Bourais.

Él tomó el atlas y comenzó a darle explicaciones sobre las longitudes, y sonreía pedantescamente ante el estupor de Felicitas. Por fin, con su lapicera, señaló en una mancha ovalada un punto negro y dijo: "Aquí está". Ella se inclinó sobre el mapa, pero aquella red de líneas de colores le cansaba la vista y no le enteraba de nada. Bourais le preguntó qué dificultad encontraba y ella le pidió que le mostrara la casa donde vivía Víctor. Bourais levantó los brazos, estornudó y soltó una carcajada; semejante candor excitaba su júbilo, sin que Felicitas comprendiera el motivo, pues lo que ella esperaba tal vez era ver inclusive el retrato de su sobrino, ¡tan limitada era su inteligencia!

Quince días después Liébard, a la hora del mercado como de costumbre, entró en la cocina y le entregó una carta que le enviaba su cuñado. Como ninguno de los dos sabía leer, Felicitas recurrió a su ama.

La señora de Aubain, que contaba las mallas de un tejido, lo dejó a un lado, abrió la carta, se estremeció y en voz baja y con una mirada profunda, dijo:

-Le anuncian... una desgracia. Su sobrino...

Había muerto. Nada más decía la carta.

Felicitas cayó en una silla, con la cabeza apoyada en el tabique, y cerró los párpados, que se le enrojecieron de pronto. Luego, con la cabeza baja, las manos colgantes y los ojos fijos, comenzó a repetir a intervalos:

-¡Pobre muchacho! ¡Pobre muchacho!

Liébard la contemplaba y suspiraba. La señora de Aubain temblaba un poco.

Propuso a Felicitas que fuera a ver a su hermana en Trouville.

Felicitas respondió con un gesto que no necesitaba hacer eso.

Hubo un silencio, y el bueno de Liébard juzgó conveniente retirarse.

Entonces ella dijo:

-A ellos no les importa eso.

Volvió a bajar la cabeza; y de vez en cuando levantaba maquinalmente las largas agujas del costurero.

Unas mujeres pasaron por el patio con unas angarillas de las que goteaba ropa blanca.

Al verlas desde la ventana, Felicitas recordó su lejía; la víspera había hecho la colada y tenía que aclararla. Salió de la habitación.

Su tabla y su cuba estaban a la orilla del Toucques. Colocó en el ribazo un montón de camisas, se remangó y tomó la pala, y los fuertes golpes que daba se oían en los huertos de los alrededores. En los prados no había nadie, el viento agitaba el río, en el fondo se inclinaban sobre

él grandes hierbas, como cabelleras de cadáveres que flotasen en el agua. Felicitas reprimía su dolor y hasta la noche se mostró muy valiente, pero cuando estuvo en su habitación se entregó a su angustia, tendida boca abajo en el colchón, con la cara apoyada en la almohada y los dos puños contra las sienes.

Mucho tiempo después se enteró, por medio del capitán del barco en que iba Víctor, de las circunstancias de su muerte. Le habían sangrado demasiado en el hospital a causa de la fiebre amarilla. Cuatro médicos lo atendieron al mismo tiempo. Murió inmediatamente y el médico jefe dijo:

-¡Bueno! ¡Uno más!

Sus padres lo habían tratado siempre con dureza. Felicitas prefería no volver a verlos, y ellos nada hicieron para ello, por olvido o porque eran unos miserables sin corazón.

Virginia se debilitaba.

Opresiones, toses, una fiebre constante y jaspeaduras en las mejillas revelaban alguna enfermedad seria. El señor Poupart aconsejó una estada en Provenza. La señora de Aubain, tomó una decisión e inmediatamente llevó a su hija de vuelta a su casa, a pesar del clima de Pont-l'Évêque.

Hizo un arreglo con un alquilador de coches que la llevaba al convento todos los martes. En el jardín había una terraza desde la que se veía el Sena. Virginia se paseaba allí del brazo de su madre, sobre las hojas de pámpano caídas. A veces el sol que atravesaba las nubes le obligaba a guiñar los ojos cuando miraba a lo lejos las velas y todo el horizonte, desde el castillo de Tancarville hasta los faros de El Havre. Luego descansaban en la glorieta. Su madre se había procurado un barrilito de excelente vino de Málaga, y, riendo ante la idea de emborracharse, la niña bebía dos deditos solamente.

Recuperó las fuerzas. El otoño transcurrió apaciblemente. Felicitas tranquilizaba a la señora de Aubain. Pero una tarde en que había ido a hacer un encargo en las cercanías, al volver encontró delante de la puerta el cabriolé del señor Poupart, y a él en el vestíbulo. La señora de Aubain se ponía el sombrero.

-¡Déme la estufilla, mi bolso y los guantes! ¡Apresúrese!

Virginia tenía pulmonía. Tal vez su estado era desesperado.

-Todavía no -dijo el médico.

Y los dos subieron al coche, bajo los copos de nieve arremolinados. Se acercaba la noche y hacía mucho frío.

Felicitas corrió a la iglesia para encender un cirio. Luego volvió a correr tras el cabriolé, al que alcanzó una hora después, saltó ágilmente a la trasera y aguantó el traqueteo, hasta que de pronto pensó: "¡El patio no estaba cerrado! ¿Y si entraran ladrones?" Y se apeó.

Al día siguiente, al amanecer, se presentó en casa del médico. Había vuelto y salido otra vez para el campo. Luego se quedó en la posada, creyendo que algunos desconocidos le llevarían una carta. Por fin, a primera hora, tomó la diligencia de Lisies.

El convento se hallaba en el fondo de una callejuela empinada. Hacia la mitad del camino oyó unos sonidos extraños, como si las campanas tocaran a muerto. "Será por otro", pensó, y golpeó violentamente con la aldaba.

Al cabo de muchos minutos se arrastraron unas chancletas, se entreabrió la puerta y apareció una monja.

La buena hermana le dijo en tono compungido que "la niña acababa de morir". Al mismo tiempo, redoblaba la campana de Saint-Léonard.

Felicitas subió al segundo piso.

Desde la puerta de la habitación vio a Virginia tendida de espaldas, con las manos juntas, la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás bajo una cruz negra que se inclinaba sobre ella entre las cortinas inmóviles, menos pálidas que su rostro. La señora de Aubain, al pie de la cama que abrazaba, hipaba de angustia. La superiora se hallaba de pie a la derecha. Tres candeleros colocados en la cómoda formaban manchas rojas y (a niebla blanqueaba las ventanas. Unas religiosas se llevaron a la señora de Aubain.

Durante dos noches Felicitas no se separó de la difunta. Repetía las mismas plegarias, rociaba con agua bendita las sábanas, volvía a sentarse y la contemplaba. Cuando terminó la primera velación observó que la cara se le ponía amarilla, se le azulaban los labios, se le afilaba la nariz y se le hundían los ojos, Los besó muchas veces, y no se habría sorprendido mucho si Virginia los hubiera abierto de nuevo, pues para almas como la suya lo sobrenatural es muy sencillo. La vistió, la amortajó, la depositó en el ataúd, le puso una corona y le extendió la cabellera. Era rubia y muy larga para su edad. Felicitas cortó un mechón y guardó la mitad en su pecho, resuelta a no desprenderse de él.

El cadáver fue conducido a Pont-l'Évêque, como deseaba la señora de Aubain, que siguió a la carroza fúnebre en un coche cerrado.

Después de la misa tardaron otros tres cuartos de hora en llegar al cementerio. Pablo iba delante y sollozaba. Le seguían el señor Bourais y luego los vecinos principales, las mujeres cubiertas con mantos negros, y Felicitas. Pensaba en su sobrino, y como no había podido rendirle esos horrores, su tristeza aumentaba, como si enterrasen al mismo tiempo a los dos.

La desesperación de la señora de Aubain no tuvo límites.

Al principio se rebeló contra Dios, pues consideraba injusto que le hubiera quitado su hija. ¡que nunca había hecho daño a nadie y cuya conciencia era tan pura! Pero no, debía haberla llevado al Mediodía, o quizá otros médicos la habrían salvado. Se acusaba a sí misma, quería ir a unirse con ella, gritaba angustiada en sus pesadillas. Una, sobre todo, le causaba obsesión. Su marido, vestido de marinero, regresaba de un largo viaje y le decía llorando que había recibido la orden de llevarse a Virginia. Entonces se ponían de acuerdo para encontrar un escondite en alguna parte.

Una vez volvió del jardín sobresaltada. Un momento antes -y señalaba el lugar- padre e hija se le habían aparecido juntos y no hacían más que mirarla.

Durante muchos meses permaneció en su habitación sin moverse. Felicitas le sermoneaba afectuosamente: debía cuidarse por su hijo, y por la otra, en recuerdo "de ella".

-¿Ella? -repetía la señora de Aubain, como si despertara-. ¡Ah, sí, sí! ¡No la olvide usted!

Aludía al cementerio, al que le habían prohibido ir rigurosamente.

Felicitas iba todos los días.

A las cuatro en punto, subía a lo largo de las casas, subía la cuesta, abría la verja y llegaba ante la tumba de Virginia. Era una columnita de mármol rosado, con una losa al pie y alrededor cadenas que encerraban un jardincito. Las flores cubrían los arriates. Ella regaba las hojas, renovaba la arena, se arrodillaba para labrar mejor la tierra. Cuando pudo ir, la señora de Aubain experimentó un alivio, una especie de consuelo.

Luego transcurrieron los años, todos parecidos y sin más episodios que la vuelta de las grandes fiestas: Pascuas, la Asunción, el día de Todos los Santos. Los acontecimientos domésticos señalaban una fecha, a la que se referían más tarde. Así, en 1825, dos obreros pintaron el vestíbulo; en 1827 una parte del techo cayó al patio y casi mató a un hombre; en el verano de 1828 correspondió a la señora ofrecer el pan bendito; en esa época Bourais se ausentó misteriosamente, y los viejos conocidos fueron desapareciendo poco a poco: Guyot, Liébard, la

señora Lechaptois, Robelin y el tío Gremanville, paralítico desde hacía mucho tiempo.

Una noche, el conductor del coche de las postas anunció en Pont-l'Évêque la revolución de julio. Poco después nombraron un nuevo subprefecto: el barón de Larsonnière, ex cónsul en América y con el que vivían, además de su esposa, su cuñada y tres señoritas ya bastante crecidas. Se las veía en su jardín, vestidas con blusas ondulantes; tenían un negro y un loro. Visitaron a la señora de Aubain, quien no dejó de devolver la visita. Cuando aparecían, aunque fuera a lo lejos, Felicitas corría a avisarle. Pero sólo una cosa era capaz de conmovérlo: las cartas de su hijo.

Este no podía seguir carrera alguna, porque pasaba el tiempo en los cafetines. Su madre le pagaba las deudas y él contraía otras; y los suspiros que lanzaba la señora de Aubain mientras tejía junto a la ventana llegaban hasta Felicitas, que hilaba en la cocina.

Se paseaban juntas a lo largo de la espaldera y conversaban siempre acerca de Virginia, preguntándose si tal cosa le habría gustado, lo que en tal ocasión habría dicho, probablemente.

Todas sus pequeñas pertenencias ocupaban un armario en la habitación de dos camas, y la señora de Aubain las inspeccionaba con la menor frecuencia posible. Un día de verano se decidió a hacerlo, y al abrir el armario volaron unas mariposas.

Los vestidos estaban alineados bajo una tabla en la que había tres muñecas, aros, un ajuar y la palangana que utilizaba. Sacaron del armario esas cosas y también las enaguas, las medias y los pañuelos, y los tendieron sobre las dos camas antes de doblarlos. El sol iluminaba esas tristes prendas y destacaba las manchas y los pliegues formados por los movimientos del cuerpo. La atmósfera era calurosa y azul, gorjeaba un mirlo y todo parecía vivir en una apacibilidad profunda. Encontraron un sombrerito de felpa de largos pelos y de color castaño, pero estaba todo comido por los insectos. Felicitas lo reclamó para ella. Se miraron una a otra y los ojos se les llenaron de lágrimas. Por fin el ama abrió los brazos y la criada se arrojó en ellos; y se abrazaron, desahogando su dolor en un beso que las igualaba.

Era la primera vez en su vida, pues la señora de Aubain no era de índole expansiva. Felicitas se lo agradeció como si le, hubiera hecho un favor, y en adelante la quiso con una abnegación bestial y una veneración religiosa.

La bondad de su corazón aumentó.

Cuando oía en la calle los tambores de un regimiento en marcha se colocaba delante de la puerta con un jarro de sidra y daba de beber a los soldados. Cuidaba a los enfermos de cólera, protegía a los polacos y hubo uno que quiso casarse con ella, pero riñeron, porque una mañana, al volver del Ángelus, lo encontró en la cocina, donde se había introducido para prepararse una vinagreta que comía tranquilamente.

Después de los polacos fue el tío Colmiche, un viejo del que se decía que había participado en los horrores del 93. Vivía a la orilla del río, en los escombros de una pocilga. Los chiquillos lo miraban por las rendijas de la pared y le tiraban piedras que caían en su camastro, donde yacía sacudido continuamente por un catarro, con el cabello muy largo, los ojos inflamados y en el brazo un tumor más grueso que su cabeza. Felicitas le procuró ropa, trató de limpiar su cuchitril y pensó en instalarlo en la tahona sin que molestase a la señora. Cuando reventó el tumor lo curaba todos los días, a veces le llevaba galleta, lo ponía al sol en un haz de paja; y el pobre viejo, babeando y temblando, se lo agradecía con su voz apagada y, temiendo perderla, alargaba los brazos en cuanto la veía alejarse. Murió y Felicitas hizo decir una misa por el descanso de su alma.

Ese día tuvo una gran alegría: a la hora de la comida se presentó el negro de la señora de Larsonnière llevando el loro en su jaula, con el palo, la cadena y el candado. Una esquila de la

baronesa anunciaba a la señora de Aubain que, habiendo ascendido su marido al cargo de prefecto, se iban por la tarde, y le rogaba que aceptase aquel ave como un recuerdo y un testimonio de su consideración.

Desde hacía mucho tiempo ese loro ocupaba la imaginación de Felícitas, pues venía de América, y esta palabra le recordaba a Víctor, tanto que se informaba acerca de él por medio del negro. En una ocasión le había dicho:

-Es la señora la que se alegraría mucho de tenerlo.

El negro había repetido esas palabras a su ama, la que, como no podía llevárselo, se libraba de él de esa manera.

Se llamaba Lulú. Su cuerpo era verde; las puntas de las alas, rosadas; la cabeza, azul, y el pecho, dorado.

Pero tenía la molesta manía de morder el palo, arrancarse las plumas, desparramar sus inmundicias y derramar el agua de su bañera. Como molestaba a la señora de Aubain, se lo cedió para siempre a Felícitas.

Ella se dedicó a instruirle, y no tardó en repetir: "Muchacho encantador", "Servidor de usted", "Dios te salve, María". Lo puso junto a la puerta, y muchos se asombraban de que no respondiese al nombre de Perico, pues a todos los loros se les llama Perico. Lo comparaban con una pava o un leño, y eran como otras tantas puñaladas asestadas a Felícitas. Era extraña la obstinación de Lulú, que no hablaba cuando lo miraban.

Sin embargo, buscaba la compañía, pues los domingos, mientras las señoritas Rochefeuille, el señor de Houpeville y los nuevos contertulios: el boticario Onfroy, el señor Varin y el capitán Mathieu, jugaban su partida de naipes, el loro golpeaba los cristales con las alas y se agitaba tan furiosamente que era imposible entenderse.

Sin duda la cara de Bourais le parecía muy graciosa, pues en cuanto la veía comenzaba a reír y a reír con todas sus fuerzas. Los estallidos de su risa saltaban hasta el patio, los repetía el eco y los vecinos se asomaban a las ventanas y reían también. Para que no lo viera el loro, el señor Bourais se deslizaba a lo largo de la pared, ocultando su perfil con el sombrero, llegaba al río y entraba por la puerta del jardín, y las miradas que lanzaba al pajarraco no eran muy afectuosas.

A Lulú le había dado un papirotazo el dependiente de la carnicería porque se permitió meter la cabeza en su cesta y, desde entonces, trataba de picarle a través de la camisa. Fabu lo amenazaba con retorcerle el cuello, aunque no era cruel, a pesar del tatuaje de los brazos y de sus gruesas patillas. Al contrario, sentía afecto por el loro, hasta el punto de querer enseñarle juramentos para divertirse. Felicitas, asustada por esa manera de comportarse, llevó al loro a la cocina. Pero luego le quitó la cadenita y andaba por toda la casa.

Cuando bajaba por la escalera, apoyaba en los peldaños la curva del pico, levantaba la pata derecha y luego la izquierda, y Felícitas temía que esa gimnasia le causara vértigos. Se enfermó y ya no podía hablar ni comer. Bajo la lengua se le formó un bulto, como sucede a veces a las gallinas. Felicitas lo curó, arrancándole esa película con las uñas. Un día Pablo cometió la imprudencia de soplarle en las ventanas de la nariz el humo de un cigarro. En otra ocasión, la señora de Lormeau le provocó con la punta de la sombrilla y el tragó el regatón y se quedó sin aliento.

Felicitas lo puso en el césped para reanimarlo; se ausentó un momento y, cuando volvió, ¡ya no estaba el loro! Primeramente, lo buscó en los matorrales, a la orilla del río y en los tejados, sin hacer caso de su ama, que le gritaba: "¡Cuidado! ¡Está usted loca!". Luego, revisó todos los

huertos de Pont-l'Évêque; detenía a los transeúntes y les preguntaba: "¿Por casualidad no ha visto usted alguna vez a mi loro?". A los que no lo conocían se lo describía. De pronto, creyó advertir, detrás de los molinos, al pie del cerro, algo verde que revoloteaba. Pero cuando llegó a la cima del cerro no vio nada. Un buhonero le aseguró que acababa de verlo en Saint-Melaine, en la tienda de la tía Simon. Corrió allá. Nadie sabía de qué hablaba. Por fin volvió, exhausta, con las chancletas rotas y el corazón angustiado. Sentada en un banco junto a la señora, le relataba todas sus pesquisas, cuando le cayó en el hombro un peso liviano: ¡Lulú! ¿Qué diablos había hecho? ¡Tal vez se había paseado por los alrededores!

Ella tardó mucho tiempo en reponerse, o más bien nunca se repuso.

A consecuencia de un enfriamiento, padeció de anginas, y poco tiempo después de mal de oídos. Tres años más tarde estaba sorda y hablaba en voz muy alta, inclusive en la iglesia. Aunque sus pecados habrían podido divulgarse por todos los rincones de la diócesis, sin deshonor para ella ni inconveniente alguno para el mundo, el señor cura juzgó discreto no oír su confesión sino en la sacristía.

Zumbidos ilusorios contribuían a aturdira. Su ama le decía con frecuencia:

-¡Dios mío, qué tonta es usted!

Y ella replicaba:

—Sí, señora.

Y buscaba algo a su alrededor.

El pequeño campo de sus ideas se reducía cada vez más, y ya no existían para ella el repique de las campanas ni el mugido de los bueyes. Todos los seres funcionaban con el silencio de los fantasmas. Sólo un ruido llegaba a sus oídos: el parloteo del loro.

Como para entretenerla, reproducía el tic-tac del asador, el pregón agudo del vendedor de pescado, la sierra del carpintero de enfrente; y, cuando sonaba la campanilla, remedaba a la señora de Aubain: "¡Felicitas! ¡La puerta, la puerta!".

Manténían diálogos, el loro, repitiendo hasta el hartazgo las tres frases de su repertorio, y ella respondiéndole con palabras inconexas, pero en las que ponía todo su afecto. En su aislamiento, Lulú era para ella casi un hijo, un enamorado. Trepaba por sus dedos, le mordisqueaba los labios, se asía de su pañoleta, y como ella bajaba la cabeza y la movía como las nodrizas, las grandes alas de su toca y las del pájaro se estremecían juntas.

Cuando se amontonaban las nubes y retumbaba el trueno, el loro gritaba, recordando quizá las tormentas de los bosques natales. El chorro de agua le ponía frenético, revoloteaba desatinado, subía al techo, lo derribaba todo y salía por la ventana para chapotear en el jardín; pero volvía en seguida a posarse en uno de los morillos de la chimenea y, brincando para secarse las plumas, mostraba ora la cola, ora el pico.

Una mañana del terrible invierno de 1837 en la que Felicitas lo había puesto delante de la chimenea a causa del frío, lo encontró muerto en la jaula, cabeza abajo y con las uñas en los alambres. ¿Le había matado una congestión? Ella creyó en un envenenamiento por medio del perejil y, a pesar de la carencia absoluta de pruebas, sus sospechas recayeron sobre Fabu.

Lloró tanto que su ama le dijo:

-Pues bien, hágalo embalsamar.

Felicitas consultó con el farmacéutico, que siempre había sido bueno con el loro.

Escribió a El Havre. Un tal Fellacher se encargó de la tarea. Pero como la diligencia extraviaba a veces los paquetes, decidió llevarlo ella misma hasta Honfleur.

Los manzanos sin hojas se sucedían a la orilla del camino. El hielo cubría las cunetas. Los perros ladraban alrededor de las granjas, y ella, con las manos bajo la manteleta, los chancitos

negros y la espuerta, caminaba rápidamente por el centro de la carretera.

Cruzó el bosque, pasó el Haut-Chêne y llegó a Saint-Gatien.

Detrás de ella, entre una nube de polvo e impulsado por la pendiente, un coche-correo descendía al galope como una tromba. Al ver a aquella mujer que no se apartaba, el conductor se irguió sobrepasando la capota, el postillón gritó también, mientras los cuatro caballos, que no podía contener, aceleraban la carrera; los dos primeros la rozaron y, con una sacudida de las riendas, logró desviarlos hacia la cuneta, pero, furioso, levantó el brazo y a pleno voleo, con su gran látigo, le fustigó desde el vientre hasta el rodete con tal fuerza que Felícitas cayó de espaldas.

Lo primero que hizo cuando recobró el conocimiento fue abrir la cesta. Lulú estaba bien, por suerte. Ella sentía una quemadura en la mejilla derecha; llevó a ella las manos y vio que estaban rojas. Corría la sangre.

Se sentó en un montón de piedras, se secó la cara con el pañuelo, comió una corteza de pan que había puesto en la cesta por precaución y se consoló de su herida contemplando al pájaro.

Cuando llegó a la altura de Ecquemauville vio las luces de Honfleur que centelleaban en la oscuridad como estrellas; más allá se extendía el mar, confusamente. Entonces sintió un desfallecimiento que la detuvo, y la miseria de su infancia, el desengaño de su primer amor, la partida de su sobrino, la muerte de Virginia, como las olas de una marea volvieron al mismo tiempo y, subiéndosele a la garganta, la ahogaban.

Luego, quiso hablar con el capitán del barco y, sin decirle lo que enviaba, le hizo recomendaciones.

Fellacher retuvo durante mucho tiempo al loro. Siempre le prometía enviárselo a la semana siguiente. Al cabo de seis meses le anunció la salida de una caja, pero no supo más del asunto. Era para creer que Lulú nunca volvería. "Me lo habrán robado", pensaba ella.

Por fin llegó, y espléndido, posado en la rama de un árbol, apuntalada en un pedestal de caoba; con una pata en el aire y la cabeza inclinada, mordía una nuez que el disecador, por amor a lo grandioso, había dorado.

Felícitas lo encerró en su habitación.

Aquel lugar, donde admitía a poca gente, parecía al mismo tiempo una capilla y un bazar, tan lleno estaba de objetos religiosos y de cosas heteróclitas.

Un gran armario estorbaba para abrir la puerta. Frente a la ventana que daba al jardín había un tragaluz que daba al patio; una mesa, colocada junto al catre, sostenía una jarra de agua, dos peines y una pastilla de jabón azul en un plato desportillado. En las paredes se veían rosarios, medallas, muchas Vírgenes milagrosas y una pila de agua bendita hecha con corteza de coco; en la cómoda, cubierta con un paño como un altar, estaba la caja de conchillas que le había regalado Víctor y, además, una regadera y una damajuana, cuadernos de escritura, la geografía con láminas y un par de zapatos; y en el clavo del espejo, colgado de las cintas, el sombrerito de felpa. Felicitas llevaba tan lejos esa especie de respeto que conservaba una de las levitas del señor. Todas las antiguallas que desechaba la señora de Aubain, ella las llevaba a su habitación. Por eso había flores artificiales en el borde de la cómoda, y el retrato del conde de Artois en el hueco del tragaluz.

Lulú quedó instalado, por medio de una tablilla, en una saliente de la chimenea que se adentraba en la habitación. Todas las mañanas, al despertarse, lo veía a la claridad del alba, y eso le hacía recordar el pasado y actos insignificantes hasta en sus menores detalles, sin dolor y serenamente.

Como no se comunicaba con nadie, vivía en un adormecimiento de sonámbula. Las procesiones del Corpus la reanimaban. Iba a ver a las vecinas para pedirles velas y esteras, con las que adornaba el altar que erigían en la calle.

En la iglesia, contemplaba siempre el Espíritu Santo, pues le parecía que tenía algo del loro. Esa semejanza se le hizo todavía más patente en una imagen de Épinal que representaba el bautismo de Nuestro Señor. Con sus alas de púrpura y su cuerpo de esmeralda era, verdaderamente, el retrato de Lulú.

Compró esa imagen y la colocó en lugar del conde de Artois, de modo que de una sola mirada veía a las dos aves.

Se asociaban en su pensamiento, y el loro se santificaba con esa relación con el Espíritu Santo, que se hacía para ella más vivo e inteligible. El Padre, para enunciarse, no había podido elegir una paloma, pues esos animalitos carecen de voz, sino más bien uno de los antepasados de Lulú. Y Felicitas rezaba mirando la imagen, pero de vez en cuando se volvía un poco hacia el pájaro. En algún momento, ella tuvo idea de ingresar en la congregación de las Hijas de María, pero la señora de Aubain la disuadió.

Se produjo un acontecimiento importante: el casamiento de Pablo.

Después de haber sido pasante de escribano, de haber actuado luego en el comercio, la aduana y las contribuciones y de haber hecho gestiones para ingresar en la administración de aguas y bosques, de pronto, a los treinta y seis años, en virtud de una inspiración del cielo, descubrió su camino: el registro civil. Y mostró en él tan grandes facultades que un perito le ofreció su hija y le prometió su protección.

Pablo, que se había hecho serio, la llevó a casa de su madre.

Ella denigró las costumbres de Pont-l'Évêque, se dio aires de princesa y ofendió a Felicitas. Cuando se fue, la señora de Aubain sintió un gran alivio.

En la semana siguiente se supo la muerte del señor Bourais en una posada de la baja Bretaña. El rumor de un suicidio se confirmó, y surgieron dudas sobre su probidad. La señora de Aubain examinó sus cuentas y no tardó en descubrir la serie de sus fechorías: malversación de atrasos, ventas de madera ocultas, recibos falsos, etcétera. Además tenía un hijo natural y "relaciones con una persona de Dozulé".

Estas ignominias le afligieron mucho. En el mes de marzo de 1853 comenzó a sentir un dolor en el pecho; parecía tercer la lengua cubierta de humo; las sanguijuelas no le calmaron la opresión, y nueve noches después murió, a los setenta y dos años de edad, exactamente.

185

La creían menos vieja, a causa de su cabello moreno, cuyos mechones rodeaban su rostro pálido picado por la viruela. Pocos amigos lamentaron su muerte, pues sus modales tenían una altivez que alejaba.

Felicitas la lloró como no se llora a los amos. Que la señora muriera antes que ella perturbaba sus ideas, le parecía contrario al orden natural de las cosas, inadmisibles y monstruosos.

Diez días después -el tiempo necesario para acudir desde Besanzón- se presentaron los herederos. La nuera registró los cajones, eligió unos muebles y vendió otros, y luego volvieron a su casa.

El sillón de la señora, su velador, su brasero, las ocho sillas, habían desaparecido. Donde estaban anteriormente los grabados sólo quedaban unos rectángulos amarillos en las paredes. Se llevaron las dos camitas con los colchones, ¡y en el armario ya no se veía ninguna de las cosas de Virginia! Felicitas iba de piso en piso angustiada.

Al día siguiente, pusieron en la puerta un cartel, y el boticario le gritó al oído que la casa

se hallaba en venta.

Felícitas tambaleó y tuvo que sentarse.

Lo que le acongojaba, principalmente, era tener que dejar su habitación, tan cómoda para el pobre Lulú. Envolviéndolo con una mirada de angustia, imploró al Espíritu Santo, y contrajo la costumbre idólatra de rezar sus oraciones arrodillada delante del loro. A veces, el sol que entraba por el tragaluz daba en sus ojos de vidrio y hacía que surgiese de ellos un gran rayo luminoso que le extasiaba.

Su ama le había legado una renta de trescientos ochenta francos. El huerto le proveía de legumbres. En cuanto a la ropa, tenía la necesaria para vestirse hasta el fin de su vida, y ahorrraba luz acostándose al anochecer.

Apenas salía, para no ver la tienda del chamarilero, donde se exhibían algunos muebles que habían pertenecido a la casa. Desde su accidente arrastraba una pierna, y como sus fuerzas disminuían, la tía Simon, arruinada en su comercio, iba todas las mañanas a partirle la leña y bombearle el agua.

Se le debilitó la vista y ya no abría las persianas. Pasaron muchos años y la casa no se alquilaba ni se vendía.

Por temor a que la despidieran, Felícitas no solicitaba reparación alguna. Las vigas del techo se pudrían, y durante todo el invierno se mojó su almohada. Después de Pascuas escupió sangre.

Entonces, la tía Simon recurrió a un médico. Felícitas quiso saber qué tenía. Pero como era demasiado sorda, sólo oyó una palabra: "Pulmonía". Sabía qué era eso y dijo en voz baja:

-¡Ah, como la señora!

Le parecía natural seguir a su ama.

El día del Corpus y los altares se acercaba.

El primero lo ponían siempre al pie de la cuesta, el segundo delante del correo, y el tercero a mitad de la calle. A propósito de éste hubo rivalidades, y las vecinas de la parroquia eligieron por fin el patio de la señora de Aubain.

Las opresiones y la fiebre aumentaban. Felícitas se afligía porque no hacía nada por el altar. ¡Si al menos hubiese podido poner algo en él! Pensó en el loro. Los vecinos objetaron que no era apropiado. Pero el cura le concedió el permiso, y ella se sintió tan dichosa que le rogó que aceptara a Lulú, su única fortuna, cuando muriera.

Desde el martes hasta el día del Corpus, tosió con más frecuencia. Por la noche tenía la cara agarrotada, los labios se le pegaban a las encías y comenzaron los vómitos; y ese día, al amanecer, como se sentía muy mal, hizo llamar a un sacerdote.

Tres buenas mujeres la rodearon durante la extremaunción. Luego declaró que necesitaba hablar con Fabu.

Se presentó con su traje dominguero, y se sentía incómodo en aquella atmósfera lúgubre.

-Perdóneme -le dijo ella, esforzándose por tenderle la mano-, yo creía que era usted quien lo había matado.

¿Qué significaban esos chismorreos? ¡Sospechar que había podido cometer un crimen un hombre como él! Se indignó y estaba a punto de armar un alboroto.

-Pero ya ven ustedes que no sabe lo que dice.

De vez en cuando Felicitas hablaba con las sombras. Las

- buenas mujeres se fueron, y la Simon se quedó a almorzar.

Un poco después tomó a Lulú y lo acercó a Felícitas.

-¡Vamos, despídete de él! -le dijo.

Aunque no era un cadáver, los gusanos lo devoraban; tenía rota una de las alas y por el vientre le salía la estopa. Pero, como estaba ciega, Felicitas lo besó en el pico y lo mantuvo unos instantes contra la mejilla. La Simon se lo llevó para ponerlo en el altar.

V

Desde los prados llegaba el olor del verano, las moscas zumbaban, el sol hacía brillar el río y caldeaba las pizarras. La tía Simon volvió a la habitación y se durmió plácidamente.

Unos repiques de campana la despertaron. La gente salía de las Vísperas. Cesó el delirio de Felicitas y, pensando en la procesión, la veía como si fuera en ella.

Todos los niños de las escuelas, los cantores y los bomberos iban por las aceras, en tanto que por el centro de la calle avanzaban: en primer lugar el pertiguero con la alabarda, el bedel con una gran cruz, el maestro vigilando a los niños, la monja preocupada por las niñas; tres de las más lindas, rizadas como ángeles, arrojaban al aire pétalos de rosa; seguían el diácono, que con los brazos separados moderaba la música; y dos turiferarios que se volvían a cada paso hacia el Santísimo Sacramento, bajo un palio de terciopelo carmesí, sostenido por cuatro miembros de la administración de la parroquia, que llevaba el señor cura, revestido con su hermosa casulla. Una multitud se agolpaba detrás, entre las colgaduras blancas que cubrían las paredes de las casas; y así llegaron al pie de la cuesta.

Un sudor frío humedecía las sienes de Felicitas. La tía Simon se las enjugaba con un paño, diciéndose que algún día tendría que pasar por ese trance.

El murmullo de la multitud aumentó, durante un momento fue muy fuerte y luego se alejó.

Una descarga hizo vibrar los cristales. Eran los postillones que saludaban al altar. Felicitas giró los ojos y preguntó, con la voz menos baja que pudo:

-¿Está bien él?

Le preocupaba el loro.

Comenzó la agonía. Un estertor cada vez más precipitado le levantaba las costillas. En las comisuras de la boca se le formaban burbujas de espuma y le temblaba todo el cuerpo.

Pronto se oyó el ronquido de los figles, las voces claras de los niños, la voz profunda de los hombres. Todo callaba a intervalos, y el golpeteo de los pasos, que amortiguaban las flores, parecía el ruido que hace un rebaño en el césped. El clero entró en el patio. La tía Simón subió a una silla para llegar al tragaluz, desde donde podía ver el altar.

Colgaban sobre él guirnaldas verdes y lo adornaba un faralá de punto de Inglaterra. Había en el centro un marquito que encerraba reliquias, dos naranjos en las esquinas y, a todo lo largo, candelabros de plata y macetas de porcelana con girasoles, lirios, peonías, dedaleras y manojos de hortensias. Ese montón de colores brillantes descendía oblicuamente desde el primer piso hasta la alfombra y se prolongaba por los adoquines; y cosas raras atraían las miradas. Un azucarero de plata sobredorada tenía una corona de violetas, arracadas de piedras de Alenzón brillaban en el musgo, dos biombos chinos exhibían sus paisajes y Lulú, oculto bajo un montón de rosas, sólo dejaba ver su cabeza azul, parecida a una placa de lapislázuli.

Los portadores del palio, los cantores y los niños se alinearon en los tres lados del patio. El sacerdote subió lentamente los escalones y colocó en el altar su gran sol de oro que resplandecía. Todos se arrodillaron. Se hizo un gran silencio. V los incensarios, lanzados a todo vuelo, oscilaban colgados de sus cadenitas.

Un vapor azul ascendió hasta la habitación de Felicitas. Ella ensanchó las ventanas de la nariz y lo aspiró con sensualidad mística; luego cerró los ojos. Sus labios sonrieron. Los latidos de su corazón fueron deteniéndose poco a poco, haciéndose cada vez más vagos, más suaves, como se agota una fuente, como desaparece un eco; y al exhalar el último suspiro creyó ver en el cielo entreabierto un loro gigantesco que se cernía sobre su cabeza.

LA LEYENDA DE SAN JULIÁN

EL HOSPITALARIO

I

El padre y la madre de Julián vivían en un castillo, entre bosques, en la ladera de una colina.

Las cuatro torres de las esquinas tenían tejados puntiagudos cubiertos de escamas de plomo, y la base de los muros se apoyaba en los canteros de rocas, que descendían abruptamente hasta el fondo de los fosos.

Los adoquines del patio estaban limpios como el enlosado de una iglesia. Largos canalones, en figura de dragones con el hocico hacia abajo, escupían el agua de las lluvias en la cisterna; y en el borde de las ventanas de todos los pisos, en macetas de arcilla pintada, florecían una albahaca o un heliotropo.

Un segundo recinto, hecho con estacas, encerraba primeramente un vergel de árboles frutales, luego un jardín con combinaciones de flores que dibujaban cifras, y más adelante un emparrado con glorietas para tomar el fresco y un juego de mallo para entretenimiento de los pajes. Al otro lado se hallaban la perrera, las cuadras, la panadería, el lagar y los hórreos. Un apacentadero de verde césped se extendía por todos lados, cercado también por un fuerte seto de espinos.

Vivían en paz desde hacía tanto tiempo que ya no se bajaba el rastrillo; los fosos estaban llenos de agua, las golondrinas anidaban en las grietas de las almenas, y el arquero que durante todo el día se paseaba por la muralla entre los baluartes, cuando el sol calentaba demasiado, se metía en la atalaya y se dormía como un fraile.

Dentro, los herrajes relucían en todas partes; en las habitaciones los tapices protegían contra el frío, los armarios rebosaban de ropa, los toneles de vino se apilaban en las bodegas, los cofres de roble crujían bajo el peso de las talegas de plata.

En la sala de armas, entre pendones y hocicos de lieras, se veían armas de todas las épocas y todas las naciones, desde las hondas de los amalecitas y las jabalinas de los garamantes hasta los alfanjes de los sarracenos y las cotas de malla de los normandos.

En el gran espetón de la cocina se podía asar un buey; la capilla era suntuosa como el oratorio de un rey. Había también, en un lugar apartado, una estufa romana, pero el buen señor se privaba de ella porque estimaba que era una costumbre idólatra.

Siempre envuelto en una pelliza de zorro, se paseaba por su casa, administraba justicia a sus vasallos y apaciguaba las querellas de sus vecinos. Durante el invierno, miraba cómo caían los copos de nieve o hacía que le leyesen historias. Cuando comenzaba el buen tiempo, iba

montado en su mula a lo largo de los senderos hasta la linde de los trigales que verdeaban y conversaba con los villanos, a los que daba consejos. Tras muchas aventuras, se había casado con una señorita de noble linaje.

Ella era muy blanca, seria y un poco altiva. Los cuernos de su tocado rozaban el dintel de las puertas; la cola de su vestido de paño se arrastraba tres pasos detrás de ella. Su servicio doméstico estaba reglamentado como en un monasterio; todas las mañanas distribuía las tareas de las sirvientas, vigilaba las confituras y los ungüentos, hilaba en la rueca o bordaba manteles de altar. A fuerza de rogar a Dios, tuvo un hijo.

Entonces, hubo grandes festejos, y un banquete que duró tres días y cuatro noches, a la luz de antorchas, al son de arpas y sobre alfombras de follaje. Comieron gallinas grandes como corderos, aderezadas con las especias más raras; para diversión de los comensales, salió un enano de un pastel; y, como las escudillas no eran suficientes porque la multitud aumentaba constantemente, tuvieron que beber en los cuernos y los cascos.

La recién parida no asistió a estas fiestas. Se quedó tranquilamente en la cama. Una noche se despertó y vio a la luz de la luna que entraba por la ventana una especie de sombra que se movía. Era un anciano con sayal, un rosario en el costado, una alforja al hombro y todo el aspecto de un ermitaño. Se acercó a la cabecera de su cama y le dijo, sin despegar los labios:

-¡Regocíjate, oh madre! ¡Tu hijo será santo!

Ella iba a gritar, pero, deslizándose por el rayo de luna, el anciano se elevó suavemente en el aire y desapareció. Los cantos del banquete resonaron más inertemente. Ella oyó las voces de los ángeles, y su cabeza volvió a caer en la almohada, sobre la que pendía un hueso de mártir en un marco de carbunclos.

Al día siguiente, todos los sirvientes interrogados declararon que no habían visto ermitaño alguno. Sueño o realidad, aquello debía de ser una comunicación del cielo, pero la señora cuidó de no hablar de ello, por temor a que la acusaran de orgullo.

Los invitados se fueron al amanecer, y el padre de Julián se hallaba fuera de la poterna, hasta donde acababa de acompañar al último, cuando de pronto un mendigo se alzó ante él entre la niebla. Era un gitano de barba trenzada, con aros de plata en ambos brazos y ojos llameantes. Balbuceó con aire inspirado estas palabras sin ilación:

-¡Ah! ¡Ah! tu hijo... ¡Mucha sangre! ... ¡Mucha gloria! ... ¡Siempre bienaventurado! ... ¡La familia de un emperador!

N" al agacharse para recoger la limosna, se perdió entre la hierba y desapareció.

El buen castellano miró a derecha e izquierda, llamó todo lo que pudo. ¡Nadie! El viento silbaba y las brumas matinales se disipaban.

Atribuyó esa visión al cansancio cerebral por haber dormido demasiado poco. "Si hablo de esto se burlarán de mí", pensó. Sin embargo, los esplendores destinados a su hijo le deslumbraban, aunque la promesa no era clara e incluso dudaba de haberla oído.

Los esposos se ocultaron su secreto. Pero ambos querían al niño con igual amor y, respetándolo como señalado por Dios, le hacían objeto de infinitas atenciones. Su cuna estaba almohadillada con el plumón más fino; una lámpara en forma de paloma ardía continuamente sobre ella, tres nodrizas le mecían y, bien fajado en sus pañales, con la cara rosada y los ojos azules, el manto de brocado y el gorrito adornado con perlas, parecía un niño Jesús. Le salieron los dientes sin que llorara una sola vez.

Cuando llegó a los siete años, su madre le enseñó a cantar. Para hacerle valiente su padre lo montaba en un caballo grande. El niño sonreía satisfecho, y no tardó en conocer todo lo concerniente a los destreiros.

Un viejo fraile muy sabio le enseñó la Sagrada Escritura, la numeración de los árabes, las letras latinas y a hacer en vitelas pinturas muy lindas. Trabajaban juntos, en lo alto de una torrecilla, alejados del ruido.

Cuando terminaba la lección bajaban al jardín, donde, paseándose lentamente, se dedicaban a estudiar las flores.

A veces veían pasar por el fondo del valle una recua de animales de carga conducidos por un peón vestido a la oriental. El dueño del castillo sabía que era mercader y le enviaba un criado. El forastero adquiría confianza, se desviaba de su camino e, introducido en el locutorio, sacaba de sus cofres piezas de terciopelo y de seda, objetos de plata, aromas, cosas raras y de uso desconocido; luego, el buen hombre se iba con una gran ganancia, sin haber sufrido violencia alguna. Otras veces, llamaba a la puerta un grupo de peregrinos. Sus ropas mojadas humeaban ante el hogar, y cuando se calentaban y recuperaban sus fuerzas, relataban sus viajes: las naves errantes por el mar espumoso, las caminatas a pie por las arenas ardientes, la ferocidad de los paganos, las cavernas de Siria, el pesebre de Belén y el Santo Sepulcro. Luego, regalaban al joven señor las veneras de su capa.

Con frecuencia, el dueño del castillo agasajaba a sus viejos compañeros de armas. Mientras bebían, recordaban las guerras en que habían intervenido, los asaltos a las fortalezas y el golpeteo de las máquinas, y las grandes heridas recibidas. Julián, que los escuchaba, gritaba entusiasmado y su padre no dudaba de que más adelante sería un conquistador. Pero al anochecer, cuando salía del Ángelus y pasaba entre los pobres inclinados, sacaba monedas de su escarcela con tanta modestia y un gesto tan noble, que su madre estaba segura de que andando el tiempo llegaría a ser arzobispo.

Su puesto en la capilla estaba junto a los de sus padres, y por largos que fuesen los oficios permanecía de rodillas en su reclinatorio, con la gorra en el suelo y las manos juntas.

Un día, durante la misa, vio, al levantar la cabeza, un ratoncito blanco que salía de un agujero de la pared. Correteó por el primer escalón del altar, y, tras dos o tres vueltas a la derecha y la izquierda, huyó por el mismo sitio. El domingo siguiente la idea de que podía volver a verlo preocupaba a Julián. Volvió el ratón, y en adelante lo esperaba todos los domingos, tan molesto que terminó aborreciéndolo y decidió deshacerse de él.

En consecuencia, cerró la puerta, sembró las migajas de una torta en los escalones y se apostó delante del agujero con una varita en la mano.

Al cabo de mucho tiempo apareció un hociquito rosado y luego el ratón entero. Le descargó un golpe ligero y se quedó estupefacto al ver que el cuerpecito ya no se movía. Una gota de sangre manchaba la losa. Se apresuró a limpiarla con la manga, arrojó afuera el ratón y no dijo nada a nadie.

Pajarillos de todas clases picoteaban los granos del jardín. Se le ocurrió meter guisantes en una caña hueca. Cuando oía gorjear en un árbol se acercaba silenciosamente, levantaba la caña, inflaba las mejillas, salían los guisantes y los pajaritos le llovían sobre los hombros con tal abundancia que no podía menos de echarse a reír, satisfecho con su picardía.

Una mañana, cuando volvía por la cortina del muro, vio en el crestón de la explanada un gran palomo que se pavoneaba al sol. Julián se detuvo para mirarlo. La muralla tenía en aquel lugar una brecha y en ella encontró una piedra. Giró el brazo y la piedra derribó al ave que cayó a plomo en el foso.

Corrió hacia el fondo, desgarrándose en las malezas, escudriñándolo todo, más ágil que un perro joven.

El palomo, con las alas rotas, palpitaba colgado de las ramas de un ligustro.

La persistencia de su vida irritó al niño. Comenzó a estrangularlo, y las convulsiones del ave hacían que latiera el corazón de Julián y lo llenaban de una voluptuosidad salvaje y tumultuosa. Cuando el palomo se estremeció por última vez, se sintió desfallecer.

Por la noche, durante la cena, su padre declaró que va estaba en edad de aprender la montería, y fue en busca de un viejo cuaderno manuscrito que contenía todo el deporte de la caza en forma de preguntas y respuestas. Un maestro enseñaba en él a su alumno el arte de adiestrar a los perros, domesticar a los halcones, reconocer al ciervo por su vaho, al zorro por sus huellas, al lobo por sus escarbaduras, el buen método para descubrir sus pistas, de qué manera se los levanta, donde se hallan habitualmente sus guaridas, cuáles son los vientos más propicios, con la enumeración de los gritos y de las reglas de la encarna.

Cuando, Julián pudo recitar de memoria todas esas cosas, su padre le organizó una jauría.

En primer lugar se veían en ella veinticuatro lebreles berberiscos más veloces, que gacelas, pero propensos a desbocarse; luego diecisiete parejas de perros bretones con manchas blancas sobre fondo rojo, que respondían firmemente a su fama, fuertes de pecho y grandes ladrones. Para atacar al jabalí y las huidas peligrosas había cuarenta grifones, peludos como osos. Mastines de Trataría, casi tan altos como asnos, de color de fuego, lomo ancho y jarrete recto, estaban destinados a perseguir a los osos. El pelaje negro de los pachones brillaba como si fuera de raso; el gañido de los talbots era digno del de los podencos cantores. En un patio aparte gruñían, sacudiendo la cadena y rodando los ojos, ocho perros alanos, animales terribles que corren a la par de los jinetes y no temen a los leones.

Todos comían pan de trigo candeal, bebían en pilones de piedra y tenían un nombre sonoro.

La volatería superaba tal vez a la jauría; el buen señor, a fuerza de dinero, había conseguido torzuelos del Cáucaso, sacres de Babilonia, jerifaltes de Alemania y halcones peregrinos capturados en los acantilados, a la orilla de los mares fríos, en países lejanos. Se alojaban en un cobertizo con techo de bálago y, atados por orden de tamaño en la alcándara, tenían delante un terrón de césped, donde de cuando en cuando se los solía posar para que se desentumecieran.

Redes para cazar conejos, señuelos, trampas de lobos y lazos de todas clases fueron confeccionadas.

Con frecuencia llevaban al campo perros perdigueros que no tardaban en ponerse de muestra. Entonces los monteros, avanzando paso a paso, tendían con precaución sobre sus cuerpos impasibles una gran red. Una orden les hacía ladrar, las codornices levantaban el vuelo, y las damas de los alrededores invitadas con sus maridos, los niños, las camareras, todos se lanzaban sobre ellas y las cazaban fácilmente.

Otras veces, para desemboscar liebres, tocaban el tambor; los zorros caían en los hoyos, o bien un resorte, al soltarse, atrapaba a un lobo por la pata.

Pero Julián despreciaba esos recursos tan cómodos; prefería cazar a solas, con su caballo y su halcón. Era casi siempre su gran azor escocés, blanco como la nieve. Su capuchón de cuero tenía un penacho, cascabeles de oro temblaban en sus patas azules, y se mantenía firmemente en el brazo de su amo mientras galopaba el caballo a través de las llanuras. Julián le desataba las correas y lo soltaba de pronto; el ave audaz ascendía directamente en el aire como una flecha, y se veían dos manchas desiguales dar vueltas, juntarse y luego desaparecer en las alturas del cielo. El halcón no tardaba en descender desgarrando alguna presa y volvía a posarse en el guantelete, con las dos alas temblorosas.

Julián cazaba de esta manera la garza real, el milano, la corneja y el buitre.

Cuando sonaba la trompa, le gustaba seguir a sus perros, que corrían por las laderas de las

colinas, saltaban los arroyos y subían hacia el bosque; y cuando el ciervo comenzaba a gemir a causa de las mordeduras, se apresuraba a rematarlo y luego se deleitaba con la furia de los mastines que lo devoraban, descuartizado bajo su piel humeante.

Los días de bruma se introducía en un pantano para acechar a los gansos, las nutrias y los ánades.

Tres escuderos le esperaban desde el alba al pie de la escalinata, y era inútil que el viejo monje, asomándose al tragaluz, le hiciera señas llamándole, pues Julián no volvía. Se iba bajo el ardor del sol, bajo la lluvia, bajo la tempestad, bebía el agua de los manantiales con la mano, comía manzanas silvestres mientras galopaba, si se sentía cansado reposaba a la sombra de una encina, y regresaba a media noche, cubierto de sangre y de lodo, con espinas en el cabello y el olor de las fieras. Llegó a ser como ellas. Cuando su madre le abrazaba, aceptaba fríamente su abrazo, como si pensara en cosas profundas.

Mataba osos a cuchilladas, toros con el hacha, jabalíes con venablo; e incluso una vez se defendió con un palo de unos lobos que roían unos cadáveres al pie de una horca.

Una mañana de invierno salió antes de amanecer, bien equipado, con la ballesta al hombro y un haz de flechas en el arzón de la silla.

Su caballo danés, seguido por dos perros de caza, avanzando con paso rítmico, hacía resonar la tierra. Gotas de escarcha se pegaban a su capa y soplaban un fuerte viento. Un lado del horizonte se aclaró y a la luz del crepúsculo vio unos conejos que saltaban a la entrada de sus madrigueras. Los dos perros de caza se abalanzaron inmediatamente sobre ellos, y no tardaron en quebrarles el espinazo.

Poco después penetró en un bosque. En la punta de una rama dormía con la cabeza bajo el ala un urogallo, entumecido por el frío. Julián, de un sablazo, le cortó las dos patas y sin recogerlo continuó su camino.

Tres horas más tarde se encontró en la cima de una montaña, tan alta que el cielo parecía casi negro. Delante de él una roca parecida a un largo muro se inclinaba sobre un precipicio, y en el borde dos chivos salvajes miraban el abismo. Como no levaba las flechas -porque el caballo se había quedado atrás- se le ocurrió bajar hasta ellos; medio encorvado y descalzo, llegó por fin adonde estaba uno de los chivos y le hundió un puñal en las costillas. El otro, aterrado, saltó al vacío. Julián se lanzó para herirlo, pero le resbaló el pie derecho y cayó sobre el cadáver del primero de ellos con la cara sobre el abismo y los dos brazos separados.

Cuando volvió a la llanura siguió una hilera de sauces a la orilla de un río. Unas grullas, que volaban a poca altura, pasaban de vez en cuando sobre su cabeza. Julián las derribaba con su látigo, sin fallar una.

Entretanto, el aire más tibio había fundido la escarcha, flotaban grandes jirones de niebla y apareció el sol. Julián vio relucir a lo lejos un lago congelado que parecía de plomo. En el centro del lago estaba un animal que Julián no conocía, un castor de hocico negro. A pesar de la distancia lo mató de un flechazo, y lamentó no poder llevarse la piel.

Luego avanzó por una avenida de grandes árboles que formaban con sus copas como un arco de triunfo a la entrada de un bosque. Un corzo saltó fuera de una espesura, un gamo apareció en una encrucijada, un tejón salió de un agujero, un pavo real hizo la rueda en el césped, y cuando hubo matado a todos se presentaron otros corzos, otros gamos, otros tejones, otros pavos reales, y mirlos, grajos, yesos, zorros, erizos, lince y una infinidad de animales, cada vez más numerosos. Daban vueltas a su alrededor temblorosos, con una mirada llena de bondad y de súplica. Pero Julián no se cansaba de matarlos, manejando unas veces la ballesta, desenvainando la espada, clavándoles el cuchillo, sin pensar en nada ni acordarse de nada. Cazaba en una región

cualquiera, desde un tiempo indeterminado, y por el mero hecho de su propia existencia todo se realizaba con la facilidad que se experimenta en los sueños. Un espectáculo extraordinario lo detuvo. Los ciervos llenaban un valle que tenía la forma de un circo, y amontonados unos contra otros se calentaban con su aliento, que se veía humear en la niebla.

La esperanza de semejante matanza le sofocó de placer durante unos minutos. Luego, se apeó del caballo, se recogió las mangas y comenzó a disparar.

Al oír el silbido de la primera flecha todos los ciervos volvieron la cabeza al mismo tiempo. Se abrieron algunos huecos en su masa, se oyeron lamentos y un gran movimiento agitó al rebaño.

La linde del valle era demasiado alta para franquearla, y saltaban dentro del recinto tratando de escaparse. Julián apuntaba y disparaba, y las flechas caían como los rayos de una tormenta. Los ciervos, enfurecidos, se golpeaban, se encabritaban, saltaban los unos por encima de los otros, y sus cuerpos, con las cornamentas entrelazadas, formaban un ancho montículo que se desplomaba al desplazarse.

Por fin murieron, tendidos en la arena, con la baba en el hocico, las entrañas fuera y la ondulación de los vientres descendiendo poco a poco. Luego todo quedó inmóvil.

Llegaba la noche, y detrás del bosque, entre las ramas, se veía el cielo rojo como una sábana de sangre.

Julián se recostó en un árbol y contempló con los ojos muy abiertos la enormidad de la matanza, sin comprender cómo había podido hacerla.

En el otro lado del valle, en la linde del bosque, vio un ciervo, una cierva y su cervato.

El ciervo, que era negro y de una alzada monstruosa, tenía dieciséis mogotes y barba blanca. La cierva, rubia como las hojas secas, ramoneaba el césped, y el cervatillo salpicado le mamaba la ubre sin interrumpir su marcha.

La ballesta volvió a zumbiar y el cervatillo cayó muerto. Entonces su madre, mirando al cielo, bramó con una voz profunda, desgarradora, humana. Julián, exasperado, la derribó de un golpe en pleno pecho.

El ciervo grande lo vio y dio un salto. Julián le disparó su última flecha. Le dio en la frente y allí quedó clavada.

Pero el ciervo no pareció sentirla. Saltando sobre los muertos avanzaba e iba a caer sobre él y destrozarle, y Julián retrocedía con un espanto indecible. El animal prodigioso se detuvo, y con los *ojos* llameantes, solemne como un patriarca y como un justiciero, mientras una campana repicaba a lo lejos, repitió tres veces:

-¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Un día, corazón de fiera, asesinarás a tu padre y tu madre!
Dobló las patas, cerró lentamente los *ojos* y murió.

Julián se quedó estupefacto; luego, abrumado por un cansancio súbito, se sintió presa de un hastío y una tristeza inmensos. Con la cabeza entre las manos lloró durante largo tiempo.

Su caballo se había perdido, los perros le habían abandonado, la soledad que lo envolvía parecía amenazarle con peligros imprecisos. En vista de ello, impulsado por el temor, echó a correr a través del campo, tomó a la ventura un sendero y se encontró casi inmediatamente en la puerta del castillo.

Esa noche no durmió. A la luz oscilante de la lámpara volvía a ver al gigantesco ciervo negro. Su predicción le causaba obsesión, y luchaba contra ella. "¡No, no, no! ¡Yo no puedo matarlos!". Y luego pensaba: "¿Si lo deseara, no obstante? Y temía que el Diablo le inspirase ese deseo.

Durante tres meses su madre, angustiada, oró a la cabecera de su cama, y su padre,

gimiendo, recorría continuamente los corredores. Hizo llamar a los mejores médicos, los que prescribieron muchas drogas. Decían que la causa de la enfermedad de Julián era un viento funesto o un deseo amoroso. Pero el joven respondía a todas las preguntas sacudiendo la cabeza.

Recobró las fuerzas y le paseaban por el patio; el anciano monje y el buen señor lo sostenían cada uno por un brazo.

Cuando se restableció por completo se obstinó en no volver a cazar.

Su padre quiso darle una alegría y le regaló una magnífica espada sarracena.

Estaba en lo alto de un pilar, en su panoplia, y para alcanzarla hacía falta una escala. Julián subió por ella. La espada, demasiado pesada, se le escapó de los dedos, y al caer rozó al buen señor tan de cerca que le cortó la hopalanda. Julián creyó que había matado a su padre y se desmayó.

Desde entonces le causaban mucho temor las armas. La vista de una espada desenvainada le hacía palidecer. Esa debilidad desconsolaba a la familia.

Por fin el anciano monje, en nombre de Dios y del honor de sus antepasados, le ordenó que reanudara sus prácticas de caballero.

Los escuderos se ejercitaban todos los días en el manejo de la jabalina. Julián no tardó en destacarse en ese ejercicio, pues embocaba la suya en el gollete de las botellas, rompía las aletas de las veletas y daba a cien pasos en los clavos de las puertas.

Un anochecer de estío, a la hora en que la bruma hace indistintas las cosas, cuando se hallaba bajo el emparrado del jardín, vio muy en el fondo dos alas blancas que revoloteaban a la altura de la espaldera. No dudó de que era una cigüeña y le lanzó su venablo.

Se oyó un grito desgarrador.

Era su madre, cuya papalina de largas cintas quedó clavada en la pared.

Julián huyó del castillo y nunca reapareció.

II

Se alistó en una pandilla de aventureros que pasaba por allí.

Conoció el hambre, la sed, las fiebres y la miseria. Se acostumbró al fragor de las refriegas y al aspecto de los moribundos. El viento le curtió la piel. Sus miembros se endurecieron con el contacto de las armaduras, y como era muy fuerte, valiente, sobrio y prudente, consiguió sin dificultad el mando de una compañía.

Al comienzo de las batallas arrastraba a sus soldados con un gran movimiento de la espada. De noche trepaba por los muros de las ciudadelas con una cuerda de nudos, balanceado por el huracán, mientras las pavesas del fuego griego¹ se pegaban a su coraza, y la resina ardiente y el plomo fundido fluían de las almenas. Con frecuencia el choque de una piedra destrozaba su escudo. Puentes demasiado cargados de hombres se hundieron bajo él. Blandiendo su maza se libró de catorce caballeros. Desafió en campo cerrado a todos los que se presentaron. Más de veinte veces lo creyeron muerto.

Gracias al favor divino salía siempre ileso, pues protegía a los eclesiásticos, los huérfanos, las viudas y sobre todo a los ancianos. Cuando veía delante de él a un mercader gritaba para que volviera la cara, como si temiera matarlo por equivocación.

Esclavos fugitivos, villanos rebelados, bastardos sin fortuna, aventureros de todas clases

¹ Cohete incendiario utilizado en la Edad Media.

afluían para ponerse a sus órdenes, y así formó un ejército.

Este creció, Julián se hizo famoso y se lo solicitaba.

Alternativamente ayudó al Delfín de Francia, al Rey de Inglaterra, a los templarios de Jerusalén, al jefe de los partos, al Negus de Abisinia y al emperador de Calcuta. Combatió contra los escandinavos, revestidos con escamas de peces; los negros con rodela de cuero de hipopótamo y montados en asnos rojos; los indios de color de oro que blandían sobre sus diademas sables de hoja ancha más límpidos que espejos. Venció a los trogloditas y los antropófagos. Cruzó por regiones tan tórridas que con el calor del sol las cabelleras se encendían como antorchas: y por otras tan glaciales que los brazos se desprendían del cuerpo y caían al suelo; y por países donde había tanta niebla que se caminaba rodeado de fantasmas.

Las repúblicas que se encontraban en dificultades le consultaban, y en las entrevistas de embajadores obtenía condiciones inesperadas. Si un monarca se comportaba demasiado mal, Julián se presentaba de pronto y lo amonestaba. Liberaba a los pueblos. Puso en libertad a reinas prisioneras en torres. N^o fue él, y sólo él, quien mató a la serpiente de Milán y al dragón de Oberbirbach.

hora bien, el emperador de Occitania, después de vencer a los musulmanes españoles, se había unido en concubinato con la hermana del calilà de Córdoba, y tenía de ella una hija a la que educaba cristianamente. Pero el calilà, simulando que quería convertirse, fue a visitarlo con un acompañamiento numeroso, asesinó a toda la guarnición. lo arrojó en el fondo de una mazmorra y lo trató cruelmente para apoderarse de sus tesoros.

Julián acudió en su ayuda, destruyó el ejército de los infieles, sitió la ciudad, mató al calilà, le cortó la cabeza y la arrojó como una bola por encima de las murallas. Luego, sacó al emperador de su prisión y lo puso otra vez en el trono en presencia de toda la corte.

El emperador, como premio por tal servicio, le ofreció mucho dinero en cestas. Julián no quiso recibirlo. Creyendo que deseaba más, le ofreció las tres cuartas partes de sus bienes, y hubo un nuevo rechazo. Luego le propuso compartir su reino, y Julián se lo agradeció, pero tampoco aceptó. El emperador lloró de despecho, porque no sabía de qué manera mostrar su agradecimiento. Pero de pronto se golpeó la frente y dijo unas palabras al oído de un cortesano. Se descorrieron unas cortinas y apareció una muchacha.

Sus grandes ojos negros brillaban como la suave luz de dos lámparas. Una sonrisa encantadora le separaba los labios. Los bucles de su cabello se enganchaban con las piedras preciosas de su vestido entreabierto y, bajo la transparencia de la túnica, se adivinaba la juventud de su cuerpo. Era linda, bien formada y esbelta..

Julián quedó deslumbrado y enamorado de ella, tanto más por cuanto había llevado hasta entonces una vida muy casta.

En consecuencia, recibió en matrimonio a la hija del emperador y un castillo heredado por ella de su madre; y una vez terminadas las bodas se despidieron, después de infinitas cortesías por ambas partes.

Era aquel un palacio de mármol blanco de estilo morisco estaba situado en un promontorio, rodeado por un bosque de naranjos. Arriates de flores descendían hasta la orilla de un golfo, donde conchillas rosadas crujían bajo los pies. Detrás del castillo se extendía un bosque en forma de abanico. El cielo estaba siempre azul; y los árboles se inclinaban, ora al impulso de la brisa marina, ora al del viento de las montañas que cerraban a lo lejos el horizonte.

Las habitaciones, sumidas en la penumbra, eran iluminadas por las incrustaciones de las murallas. Altas columnitas, delgadas como cañas, sostenían la bóveda de las cúpulas, decoradas con relieves que imitaban las estalactitas de las grutas.

Había surtidores en las salas, mosaicos en los patios, tabiques festoneados, mil exquisiteces arquitectónicas, y en todas partes tal silencio que se oía el roce de una seda 'o el eco de un suspiro.

Julián no guerreaba ya. Descansaba, rodeado de gente tranquila; y todos los días desfilaba delante de él una multitud que le hacía genuflexiones o besamanos a la oriental.

Vestido de púrpura, permanecía apoyado en el alféizar de una ventana recordando sus cacerías de otro tiempo, y habría querido correr por el desierto tras las gacelas y los avestruces, ocultarse en los bambúes al acecho de los leopardos; atravesar bosques, llenos de rinocerontes, subir a la cima de las montañas más inaccesibles para apuntar mejor a las águilas, y apostarse en los témpanos del mar para luchar con los osos blancos.

A veces se veía en sueños como nuestro padre Adán en el Paraíso, entre todos los animales, y estirando el brazo los mataba; o bien desfilaban de dos en dos por orden de tamaño, desde los elefantes y los leones hasta los armiños y los ánades, como cuando entraron en el arca de Noé. Oculto en una caverna, disparaba contra ellos venablos infalibles, pero llegaban otros y aquello no terminaba, y se despertaba lanzando hacia todos lados miradas feroces.

Príncipes amigos suyos le invitaban a cazar, pero él se negaba siempre, pues creía que con esa especie de penitencia conjuraba su maldición, porque It parecía que de la muerte de los animales dependía el destino de sus padres. Pero sufría no viéndolos, y este otro deseo se le hacía insoportable.

Su esposa, para distraerlo, ordenó que llevaran al castillo juglares y bailarinas.

Se paseaba con él, en litera abierta, por los campos; y otras veces, tendidos en una lancha, miraban cómo los peces vagabundeaban en el agua, clara como el cielo. Con frecuencia ella le arrojaba flores a la cara o, agazapada a sus pies, tocaba una mandolina de tres cuerdas, y luego, posando en su hombro las dos manos juntas, le preguntaba con voz tímida:

-¿Qué os sucede, mi querido señor?

El no contestaba o prorrumpía en sollozos. Por fin, un día confesó su horrible pensamiento.

Ella le contradijo, razonando muy bien: sus padres habían muerto ya, probablemente, y si alguna vez volvía a verlos, ¿por qué casualidad, con qué fin podía cometer esa abominación? Por consiguiente, su temor era infundado y debía volver a cazar.

Julián sonreía escuchándola, pero no se decidía a satisfacer su deseo.

Una noche del mes de agosto, cuando estaban en su habitación, ella acababa de acostarse y él se arrodillaba para rezar su oración, Julián oyó el gañido de un zorro y luego pasos ligeros bajo la ventana, y entrevió en la oscuridad como apariencias de animales. La tentación era demasiado fuerte y descolgó su carcaj.

Ella pareció sorprendida.

-Es para obedecerte -dijo él-. Cuando salga el sol estaré de vuelta.

Pero ella temía una aventura funesta.

Julián la tranquilizó y se fue, asombrado por lo inconsecuente de su modo de ser.

Poco después llegó un paje para anunciar que dos desconocidos deseaban ver inmediatamente a la señora en ausencia del señor.

Y pronto entraron en la habitación un anciano y una anciana, encorvados, polvorientos, vestidos modestamente y apoyado cada uno en un bastón.

Se alentaron mutuamente y declararon que llevaban a Julián noticias de sus padres.

La señora se inclinó para escucharlos.

Pero, poniéndose de acuerdo con la mirada, ellos le preguntaron si Julián seguía

queriéndolos y si hablaba de ellos alguna vez.

-¡Oh, sí! -contestó ella.

Entonces exclamaron:

-¡Pues bien, somos nosotros!

Y se sentaron, pues estaban muy cansados.

Nada aseguraba a la joven que su esposo fuese hijo de ellos, pero se lo probaron describiendo las señales particulares que Julián tenía en la piel.

Saltó de la cama, llamó a su paje y les sirvieron la comida.

Aunque tenían mucha hambre no podían comer, y ella observaba disimuladamente, el temblor de sus manos huesudas al tomar los vasos.

Le hicieron mil preguntas acerca de Julián y contestó a todas, pero tuvo buen cuidado de callar la idea fúnebre que les concernía.

Le dijeron que, al ver que él no volvía, habían dejado su castillo y desde hacía muchos años lo buscaban siguiendo vagas indicaciones y sin perder la esperanza. Habían gastado tanto dinero en el peaje de los ríos y en las posadas, en los derechos de los príncipes y las exacciones de los ladrones, que su bolsa estaba ya vacía y tenían que mendigar. Pero no importaba, pues muy pronto abrazarían a su hijo. Celebraban su dicha por tener una esposa tan bella, y no se cansaban de contemplarla y de besarla.

La opulencia de la habitación les asombraba mucho, y el anciano, después de examinar las paredes, preguntó por qué estaba allí el blasón del emperador de Occitania.

La señora contestó:

-Es mi padre.

El anciano se estremeció, recordando la predicción del gitano, y la anciana pensó en las palabras del ermitaño. Sin duda la gloria de su hijo no era sino la aurora de esplendores eternos; y los dos se quedaron estupefactos a la luz del candelabro que iluminaba la mesa.

Debían de haber sido muy bellos en su juventud. La madre conservaba toda su cabellera, cuyas finas crenchas, parecidas a placas de nieve, le llegaban hasta más abajo de las mejillas; y el padre, con su alta estatura y su larga barba, parecía una imagen de iglesia.

La esposa de Julián les aconsejó que no siguieran esperándole. Ella misma los acostó en su cama, luego cerró la ventana y se durmieron. Iba a amanecer y al otro lado de los cristales comenzaban a cantar los pajaritos.

Julián había cruzado el parque y caminaba por el bosque con paso nervioso, gozando con la blandura del césped y la tibieza del aire.

Las sombras de los árboles se extendían por el musgo veces la luna ponía manchas blancas en los claros, y él vacilaba en seguir adelante creyendo ver un charco, o bien la superficie inmóvil de los pantanos se confundía con el color de la hierba. Reinaba en todas partes un gran silencio y no veía ninguno de los animales que pocos minutos antes erraban alrededor del castillo.

El bosque se espesaba y la oscuridad era cada vez más densa. Pasaban ráfagas de viento cálido, llenas de olores excitantes. Se hundía en montones de hojas secas y se apoyó en una encina para jadear un poco.

De pronto, a su espalda, saltó un bulto más negro: un jabalí. Julián no tuvo tiempo para tomar el arco, y se afligió por ello como si le hubiera sucedido una desgracia.

Luego, al salir del bosque, vio un lobo que corría a lo largo de un seto.

Julián le disparó una flecha. El lobo se detuvo, volvió la cabeza para mirarle y reanudó su carrera. Trotaba manteniendo siempre la misma distancia, se detenía de vez en cuando, y tan pronto como Julián le apuntaba volvía a huir.

Julián recorrió de esta manera una llanura interminable, luego montículos de arena, y por fin se encontró en una meseta que dominaba una gran extensión de terreno. Había piedras planas diseminadas entre sepulturas en ruinas. Se tropezaba con osamentas de muertos, y de trecho en trecho unas cruces carcomidas se inclinaban con aspecto lamentable. Pero unas figuras se movían en la sombra indecisa de las tumbas, y de ellas salieron unas hienas muy asustadas y jadeantes. Haciendo restallar las uñas en las losas se acercaron a Julián y lo olfatearon, con un bostezo que les dejaba en descubierto las encías. Desenvainó el sable y las hienas huyeron al mismo tiempo en todas direcciones, y con un galope renco y precipitado se perdieron a lo lejos entre una nube de polvo.

Una hora después encontró en un barranco un toro furioso, dispuesto a embestir y que escarbaba la arena con las patas. Julián le asestó la lanza bajo la papada, pero se rompió como si el animal hubiese sido de bronce. Julián cerró los ojos, esperando la muerte, pero cuando volvió a abrirlos el toro había desaparecido.

Entonces, su ánimo se abatió de vergüenza. Un poder superior destruía su fuerza; y penetró de nuevo en el bosque para volver a su casa.

Lo obstruían las lianas, y Julián las cortaba con el sable, cuando una garduña se deslizó bruscamente entre sus piernas, una pantera saltó sobre su hombro, una serpiente subió en espiral alrededor de un fresno.

En las ramas de éste se hallaba una corneja monstruosa que lo miraba, y aquí y allá aparecieron en el ramaje grandes chispas, como si el firmamento hubiese hecho llover sobre el bosque todas sus estrellas. Eran ojos de animales: gatos monteses, ardillas, búhos, loros y monos.

Julián les disparó sus flechas, pero las flechas, con sus plumas, se posaban en las hojas como mariposas blancas. Se maldecía, habría querido golpearse, gritaba imprecaciones y se ahogaba de rabia.

Y todos los animales que había perseguido se presentaron y formaron a su alrededor un estrecho círculo. Unos estaban sentados sobre su grupa, otros completamente erguidos. Él se hallaba en el centro, helado de terror, incapaz del menor movimiento. Mediante un esfuerzo supremo de su voluntad dio un paso; los que se posaban en los árboles abrieron las alas, los que estaban en tierra movieron sus miembros, y todos le acompañaron.

Las hienas marchaban delante de él; el lobo y el jabalí, detrás. El toro, a su derecha, balanceaba la cabeza; y la serpiente, a su izquierda, ondulaba entre las hierbas, en tanto que la pantera, arqueando el lomo, avanzaba silenciosamente y a grandes trancos. Julián caminaba lo más lentamente posible para no irritarlos, y veía salir de los matorrales puercoespines, zorros, víboras, chacales y osos.

Julián echó a correr y ellos también corrieron. La serpiente silbaba y los animales malolientes babeaban. El jabalí le rozaba los talones con los colmillos y el lobo las palmas de las manos con los pelos del hocico. Los monos le pellizcaban gesticulando y la garduña se revolcaba bajo sus pies. Un oso le quitó el sombrero de un zarpazo, y la pantera, desdeñosamente, dejó caer una flecha que llevaba en el hocico.

Se percibía una ironía en su manera de proceder socarrona. Mientras lo observaban con el rabillo del ojo parecían meditar un plan de venganza; y ensordecido por el zumbido de los insectos, golpeado por las colas de las aves, sofocado por los alientos, caminaba con los brazos extendidos y los ojos cerrados como un ciego, sin siquiera tener fuerza para gritar: "¡Perdón!".

El canto de un gallo vibró en el aire. Le respondieron otros. Amanecía y vio, más allá de los naranjos, el tejado de su palacio.

Luego, en la linde de un campo, vio a tres pasos de distancia, unas perdices rojas que

revoloteaban en los rastrojos. Se quitó la capa y la tendió sobre ellas como una red.

Cuando la retiró no encontró más que una, muerta desde hacía mucho tiempo y putrefacta.

Esa decepción le exasperó más que todas las otras. Volvió a sentir su sed de matanza. Faltaban los animales y habría deseado matar seres humanos.

Subió lastres terrazas y de un puñetazos derribó la puerta, pero al pie de la escalera le enterneció el recuerdo de su querida esposa. Sin duda dormía e iba a despertarla.

Se quitó las sandalias, giró suavemente la llave en la cerradura y entró.

Los ventanales guarnecidos con plomo oscurecían la palidez de la aurora. Julián se trabó los pies en las ropas que había en el suelo; un poco más adelante tropezó con un trincherero todavía cargado con vajilla. "Ha comido, sin duda", pensó, y se acercó a la cama, perdido en las tinieblas del fondo de la habitación. Cuando llegó a la cama se inclinó para besar a su esposa sobre la almohada donde descansaban las cabezas de los dos ancianos, la una junto a la otra, y sintió junto a su boca la impresión de una barba.

Retrocedió, creyendo que se había vuelto loco, pero volvió a acercarse al lecho, y sus dedos palparon unos cabellos muy largos. Para convencerse de su error volvió a pasar lentamente la mano por la almohada. ¡Esta vez era ciertamente una barba y aquel era un hombre! ¡Un hombre acostado con su esposa!

Presa de una ira inmensa, saltó sobre ellos asestando puñaladas, pataleando, echando espuma y aullando como una fiera. Luego se detuvo. Los muertos, con el corazón atravesado, ni siquiera se habían movido. Julián escuchó atentamente los dos estertores casi iguales, y a medida que se debilitaban otro, más lejano, los continuaba. Incierta al principio, aquella voz plañidera, sostenida largo tiempo, se fue acercando, se ahuecó y se hizo cruel, y Julián reconoció, aterrado, el bramido del gran ciervo negro.

Y al volverse, creyó ver en el marco de la puerta el fantasma de su esposa con una luz en la mano.

El ruido del homicidio la había atraído. Con una mirada comprendió todo, y al huir horrorizada dejó caer la antorcha.

Julián la recogió.

Su padre y su madre estaban delante de él, tendidos de espalda y con un agujero en el pecho. Sus rostros, majestuosamente apacibles, parecían guardar un secreto eterno. Salpicaduras y charcos de sangre se veían en su piel blanca, en las sábanas de la cama, en el piso y en un Cristo de marfil colgado en la pared de la alcoba. El reflejo escarlata del ventanal, en el que daba el sol en aquel momento, iluminaba esas manchas rojas y proyectaba otras muchas en toda la habitación. Julián se acercó a los dos muertos diciéndose, y queriendo creerlo, que aquello no era posible, que se había engañado, que a veces se dan semejanzas inexplicables. Por fin se inclinó ligeramente para ver más de cerca al anciano, y percibió entre sus párpados mal cerrados una pupila apagada que le quemó como si fuera fuego. Pasó al otro lado de la cama, ocupado por el otro cuerpo, cuyos cabellos blancos ocultaban una parte del rostro. Le pasó los dedos por las guedejas, le levantó la cabeza y la contempló, sosteniéndola con el brazo rígido, mientras con la otra mano la iluminaba con la antorcha. Del colchón rezumaban unas gotas que caían una a una en el piso.

Al final del día se presentó ante su esposa y, con una voz diferente de la habitual, le ordenó primeramente que no le respondiera, ni se le acercara, ni siquiera lo mirara, y que cumpliera, bajo pena de condenarse, todas sus órdenes, que eran irrevocables.

Los funerales se harían de acuerdo con las instrucciones que dejaba por escrito en un reclinatorio de la cámara mortuoria. Él le legaba su palacio, sus vasallos, todos sus bienes, sin

siquiera conservar las ropas de su cuerpo, ni sus sandalias, que se encontrarían en lo alto de la escalera.

Ella había obedecido la voluntad de Dios al dar ocasión para su crimen, y debía rogar por su alma, puesto que en adelante ya no existía.

Enterraron a los muertos con magnificencia en la capilla de un monasterio situado a tres jornadas del castillo. Un monje con la capucha baja siguió al cortejo, lejos de todos los demás, sin que nadie se atreviera a hablarle.

Durante la misa se mantuvo tendido boca abajo en la portada del templo, con los brazos en cruz y la frente en el polvo.

Después del sepelio se le vio tomar el camino que llevaba a las montañas. Se volvió muchas veces y al fin desapareció.

III

Se fue a pedir limosna por el mundo.

Tendía la mano a los caballeros en los caminos, haciendo genuflexiones se acercaba a los segadores, o permanecía inmóvil ante la palanquera de los patios, y tenía el rostro tan triste que nunca le negaban la limosna.

Por espíritu de humildad relataba su historia, y todos huían de él, haciendo la señal de la cruz. En las aldeas por donde había pasado ya, tan pronto como lo reconocían cerraban las puertas, le gritaban amenazas y le arrojaban piedras. Los más caritativos ponían una escudilla en el borde de la ventana y luego cerraban la persiana para no verlo.

Rechazado en todas partes, evitaba a los hombres, y se alimentaba con raíces, plantas, frutos caídos y mariscos que buscaba en las playas. A veces, al llegar a lo alto de un cerro, veía abajo una confusión de tejados amontonados, con campanarios de piedra, puentes, torres, calles oscuras que se entrecruzaban, y de allí ascendía hasta él un zumbido continuo.

La necesidad de compartir la vida de los demás le hacía bajar a la ciudad. Pero el aspecto bestial de las caras, el estruendo de las diferentes actividades, la indiferencia de las palabras le helaban el corazón. Los días de fiesta, cuando la campana mayor de las catedrales alegraba desde el amanecer a la población entera, contemplaba a los habitantes que salían de sus casas, y luego las danzas en las plazas, las fuentes de cerveza en las esquinas, las colgaduras de damasco ante las residencias de los príncipes, y cuando llegaba la noche, por los cristales de las plantas bajas, las largas mesas familiares y a los abuelos con sus nietos en las rodillas. Los sollozos le ahogaban y volvía al campo.

Contemplaba amorosamente los potros en los pastos, los pájaros en sus nidos, los insectos en las flores; todos, cuando él se acercaba, corrían, se ocultaban asustados o se alejaban volando.

Buscaba las soledades. Pero el viento llevaba a sus oídos como estertores de agonía; las lágrimas del rocío que caían en tierra le recordaban otras gotas más pesadas. Todas las tardes el sol ponía sangre en las nubes y todas las noches en el sueño se repetía su parricidio.

Se hizo un cilicio con puntas de hierro. Subía de rodillas por todas las colinas que tenían una capilla en la cima. Pero la idea inexorable oscurecía el esplendor de los tabernáculos y le torturaba a través de las maceraciones de la penitencia.

No se rebelaba contra Dios, que le había infligido esa acción, pero le desesperaba haber podido cometerla.

Su propia persona le horrorizaba de tal modo que, con la esperanza de librarse de ella, la

arriesgaba en peligros de todas clases. Salvó a paralíticos que estaban a punto de perecer en incendios, y a niños que habían caído en precipicios. Pero el abismo lo rechazaba y las llamas lo respetaban.

El tiempo no aplacó su sufrimiento y, como éste se hizo intolerable, decidió morir.

Y un día que se hallaba a la orilla de un manantial, cuando se inclinó para apreciar la profundidad del agua, vio aparecer frente a él un anciano completamente descarnado, con barba blanca y un aspecto tan lamentable que le fue imposible contener las lágrimas. El otro también lloraba. Sin reconocer su imagen, Julián recordó confusamente un rostro parecido. Lanzó un grito: creyó que era su padre, y ya no pensó en matarse.

Por consiguiente, cargando con el peso de su recuerdo, recorrió muchos países y llegó a la orilla de un río cuya travesía era peligrosa por la violencia de la corriente y porque en las márgenes había una gran extensión fangosa. Desde hacía mucho tiempo nadie se atrevía a cruzarlo.

Una barca vieja, con la popa hundida, alzaba su proa entre los juncos. Julián, al examinarla, descubrió un par de remos y se le ocurrió la idea de dedicar su existencia al servicio de los demás.

Comenzó construyendo en el ribazo una especie de malecón que permitía bajar hasta el canal; se rompió las uñas transportando piedras enormes, apoyándolas para ello en su vientre; resbalaba y se hundía en el fango y estuvo a punto de perecer muchas veces.

Luego reparó la embarcación con restos de otras naves y se hizo una choza con arcilla y troncos de árboles.

Como el paso era conocido, acudían los viajeros. Le llamaban desde la otra orilla agitando trapos, y Julián se apresuraba a saltar a su barca. Ésta era muy pesada y la sobrecargaban con bagajes y fardos de todas clases, sin contar los animales de carga que, coceando de miedo, aumentaban la acumulación. No pedía nada por su trabajo; algunos le daban restos de las vituallas que sacaban del zurrón, o las ropas demasiado usadas que ya no querían. Había groseros que vociferaban blasfemias. Julián los reprendía con dulzura y ellos replicaban con injurias. Se contentaba con bendecirlos.

Una mesita, una banqueta, una cama de hojas secas, y tres tazas de arcilla constituían todo su mobiliario. Dos agujeros en la pared servían de ventanas. Por un lado se extendían hasta perderse de vista llanuras estériles con pálidos estanques en su superficie; y delante de él corrían las aguas verdosas del río. En la primavera, la tierra húmeda olía a podredumbre. Luego, un viento borrascoso levantaba torbellinos de polvo que entraba por todas partes, enfangaba el agua y crujía entre las encías. Un poco después, eran nubes de mosquitos, cuyo zumbido y cuyas picaduras no se interrumpían de día ni de noche. A continuación, sobrevenían terribles heladas que daban a las cosas la rigidez de la piedra y causaban un deseo frenético de comer carne.

Pasaban meses sin que Julián viera a nadie. Con frecuencia, cerraba los ojos y trataba de volver a su juventud por medio de la memoria, y veía el patio de un castillo con lebreles en una escalinata, criados en la sala de armas y, bajo una glorieta de pámpanos, un adolescente de cabello rubio entre un anciano cubierto de pieles y una dama de alta toca. De pronto reaparecían los dos cadáveres y Julián se arrojaba de bruces en la cama y repetía llorando:

-¡Pobre padre! ¡Pobre madre! ¡Pobre madre!

Y caía en un letargo en el que continuaban las visiones... fúnebres.

Una noche, cuando dormía, creyó oír que alguien le llamaba. Prestó atención y sólo percibió el mugido de la corriente.

Pero la misma voz repitió:

-¡Julián!

Provenía de la otra orilla, lo que le pareció extraordinario dada la anchura del río.

Por tercera vez le llamó:

-Julián!

Y aquella voz sonaba como la campana de una iglesia.

Encendió la linterna y salió de la choza. Reinaba un huracán furioso. La oscuridad era densa y aquí y allá la desgarraba la blancura de las olas agitadas.

Tras un instante de vacilación, Julián desató la amarra. El agua se calmó inmediatamente, la barca se deslizó por ella y llegó a la otra orilla, donde esperaba un hombre.

Estaba envuelto en un lienzo andrajoso, su cara parecía una máscara de yeso y tenía los ojos más rojos que carbones. Al acercarle la linterna, Julián observó que le cubría una lepra horrible. Sin embargo, su actitud tenía la majestad de un rey.

Cuando entró en la barca, ésta se hundió prodigiosamente con su peso, pero una sacudida la levantó y Julián comenzó a remar.

A cada golpe de remo, la resaca de la corriente la levantaba por la proa. El agua, más negra que la tinta, corría con furia por los dos costados de la barca. Cavaba abismos, formaba montañas y la lancha saltaba sobre ellas y volvía a sumirse en profundidades donde giraba sacudida por el viento.

Julián inclinaba el cuerpo, extendía los brazos y, apuntalando los pies, se echaba hacia atrás para hacer más fuerza con una torsión de la cintura. El granizo le azotaba las manos, la lluvia le corría por la espalda, la fuerza del viento le ahogaba, y se detuvo. Entonces, la embarcación fue a la deriva. Pero, comprendiendo que se trataba de algo importante, de una orden que no se podía desobedecer, volvió a empuñar los remos y el crujido de los toletes se mezcló con el clamor de la tempestad.

La linternita ardía ante él. Las aves que revoloteaban la ocultaban de vez en cuando. Pero siempre veía las pupilas -del leproso, que se mantenía de pie en la popa, inmóvil como una columna.

¡Y eso duró mucho tiempo, demasiado tiempo!

Cuando llegaron a la choza Julián cerró la puerta y vio que el leproso se sentaba en la banqueta. La especie de sudario que lo cubría cayó hasta las caderas, y los hombros, el pecho y los brazos delgados desaparecían bajo placas de pústulas escamosas. Enormes arrugas le surcaban la frente. Como un esqueleto, tenía un agujero en el lugar de la nariz y de sus labios azulencos salía un aliento espeso como una niebla, y nauseabundo.

-Tengo hambre -dijo.

Julián le dio lo que poseía: un trozo de tocino añejo y unos mendrugos de pan negro.

Cuando los hubo devorado, la mesa, la escudilla y el mango del cuchillo tenían las mismas manchas que se veían en su cuerpo.

Luego dijo:

-Tengo sed.

Julián fue en busca de su cántaro, y al tomarlo salió de él un aroma que le dilató el corazón y las aletas de la nariz. Era vino. ¡Qué hallazgo! Pero el leproso tendió el brazo y vació el cántaro de un trago.

Después dijo:

-Tengo frío.

Julián encendió con su candela un montón de helechos en el centro de la choza.

El leproso se acercó para calentarse y, en cuclillas, comenzó a temblarle todo el cuerpo y

a debilitarse; ya no le brillaban los ojos, le manaban las úlceras y con una voz casi apagada murmuró:

-¡Tu cama!

Julián le ayudó suavemente a acostarse en ella e inclusive lo cubrió con la vela de su barca.

El leproso gemía. Las comisuras de su boca dejaban en descubierto los dientes, un estertor acelerado le sacudía el pecho, y en cada aspiración el vientre se le hundía hasta las vértebras.

Luego -erró los ojos y dijo:

-¡Tengo amo hielo en los huesos! ¡Acércate!

Y Julián, apartando la vela, se acostó sobre las hojas' secas, junto a él.

El leproso volvió la cabeza.

-Desnúdate para que tenga el calor de tu cuerpo.

Julián se desvistió, y luego, desnudo como en el día de su nacimiento, volvió a acostarse, y sintió contra los muslos la piel del leproso, más fría que una serpiente y áspera como una lima.

Procuraba darle ánimos y el otro respondía, jadeando:

-¡Ay, voy a morir! ... ¡Acércate! ¡Caliéntame! ¡Pero no con las manos! ¡Con todo tu cuerpo!

Julián se tendió sobre él completamente, boca contra boca y pecho contra pecho.

Entonces el leproso le abrazó; y de pronto sus ojos brillaron como estrellas, sus cabellos se alargaron como los rayos del sol, su aliento tenía el aroma de las rosas, una nube de incienso se elevó del hogar; y las olas cantaban. Entretanto, una abundancia de delicias, un júbilo sobrehumano descendía como una inundación en el alma de Julián, pasmado, y el que seguía abrazándolo se agrandaba, se agrandaba hasta tocar con la cabeza y los pies las dos paredes de la choza. El techo desapareció, se desplegó el firmamento y Julián ascendió hacia los espacios azules cara a cara con Nuestro Señor Jesucristo que lo llevaba al Cielo.

Y esta es la historia de San Julián el Hospitalario, tal como se la puede ver más o menos en un vitral de iglesia de mi región.

FIERODÍAS

La ciudadela de Machaerus se alzaba al oriente del Mar Muerto, en un picacho de basalto en forma de cono. Cuatro valles profundos la rodeaban, dos en los costados, otro enfrente y el cuarto detrás. Las casas se amontonaban en su base, dentro del cerco de un muro que ondulaba siguiendo las desigualdades del terreno; y por un camino en zigzag tallado en la roca la ciudad se unía a la fortaleza, cuyas murallas tenían ciento veinte codos de altura, con numerosos ángulos, almenas en los bordes y de trecho en trecho torres que eran como llorones de aquella corona de piedra suspendida sobre el abismo.

Dentro había un palacio adornado con pórticos y cubierto por una azotea cerrada por una balaustrada de madera de sicómoro y en la que se alzaban unos mástiles dispuestos para tender un toldo.

Una mañana, antes de que amaneciera, el tetrarca Herodes Antipas fue a acodarse en la balaustrada y a observar.

Las montañas, que quedaban inmediatamente debajo, comenzaban a descubrir sus cimas, en tanto que su mole, hasta el fondo de los precipicios, seguía todavía en la sombra. Flotaba una neblina que se fue desgarrando y aparecieron los contornos del Mar Muerto. El alba, que se levantaba detrás de Machaerus, iba enrojeciendo el horizonte y no tardó en iluminar la arena de la playa, las colinas, el desierto y, más lejos, todos los montes de Judea, con sus laderas escabrosas y grises. Engaddí, en el centro, trazaba una raya negra; Hebrón, en el fondo, se redondeaba en forma de cúpula; Esquol tenía granados; Sorek, viñas; el Carmelo, campos de sésamo; y la torre Antonia dominaba a Jerusalén, con su cubo monstruoso. El tetrarca desvió la mirada para contemplar, a la derecha, las palmeras de Jericó, y recordó las otras ciudades de su Galilea: Cafarnaum,

Endor, Nazaret, Tiberíades, adonde tal vez no volvería. Entretanto, el Jordán corría por la llanura árida, completamente blanca y deslumbrante como una capa de nieve. El lago, en aquel momento, parecía de lapislázuli; y en su extremo meridional, del lado del Yemen, Antipas reconoció lo que temía ver: pardas tiendas de campaña dispersas, soldados con lanzas que circulaban entre los caballos y fogatas que al extinguirse brillaban como chispas a ras del suelo.

Eran las tropas del rey de los árabes, a la hija del cual había repudiado para tomar a Herodías, casada con uno de sus hermanos que vivía en Italia sin pretensiones al poder.

Antipas esperaba la ayuda de los romanos, y como Vitelio, gobernador de Siria, tardaba en presentarse, le roía la inquietud.

¿Acaso Agripa le había desprestigiado ante el emperador? Filippo, su tercer hermano, soberano de la Betania, se armaba clandestinamente. Los judíos rechazaban sus costumbres idólatras, y todos los otros su dominación, de modo que vacilaba entre dos proyectos: apaciguar a los árabes o concluir una alianza con los partos; y con el pretexto de festejar su cumpleaños había invitado a un gran festín que se realizaría ese mismo día a los jefes de sus tropas, los administradores de sus campos y los notables de Galilea.

Registró con mirada penetrante todos los caminos. Estaban desiertos. Unas águilas volaban sobre su cabeza; los soldados dormían apoyados en las paredes a lo largo de la muralla, y nada se movía en el castillo.

De pronto una voz lejana, como salida de las profundidades de la tierra, hizo palidecer al tetrarca. Se inclinó para escucharla, pero había callado. Se la oyó de nuevo, no obstante, y entonces Herodes dio unas palmadas y gritó:

-¡Mannaei! ¡Mannaei!

Se presentó un hombre desnudo hasta la cintura, como los masajistas de los baños. Era muy alto, viejo, flaco, y llevaba al costado un cuchillo en una vaina de bronce. Su cabellera, levantada por una peineta, exageraba la longitud de su frente. Cierta somnolencia le empalidecía los ojos, pero le brillaban los dientes y sus pies se posaban suavemente en las losas; todo su cuerpo tenía la agilidad de un mono, y su rostro la impasibilidad de una momia.

-¿Dónde está él? -preguntó el tetrarca.

Mannaei contestó, señalando con el pulgar un objeto situado detrás de ellos:

-Allí, como siempre.

-Me había parecido oírle.

Y Antipas, después de respirar ampliamente, se informó acerca de Iaokanann, al que los latinos llaman San Juan Bautista. ¿Se había vuelto a ver a los dos hombres admitidos por indulgencia en su calabozo el mes anterior y se había averiguado qué habían ido a hacer?

Mannaei contestó:

--Cambiaron con él palabras misteriosas, como hacen los ladrones por la noche en las encrucijadas de los caminos. Luego se dirigieron a la Alta Galilea, anunciando que llevaban una gran noticia.

Antipas bajó la cabeza, y luego, en tono de espanto, dijo:

-¡Vigíalo! ¡Vigíalo! ¡Y no dejes entrar a nadie! ¡Cierra bien la puerta! ¡Cubre el foso! ¡Ni siquiera deben sospechar que vive!

Sin haber recibido esas órdenes, Mannaei ya las cumplía, pues Iaokanann era judío y él execraba a los judíos como todos los samaritanos.

Su templo de Garizim, destinado por Moisés para ser el centro de Israel, no existía ya desde el reinado de Hircano, y el de Jerusalén les enfurecía como un ultraje y una injusticia permanentes. Mannaei se había introducido en él para mancillar el altar con huesos de muertos. Sus compañeros, menos rápidos, habían sido decapitados.

Lo vio entre dos colinas. El sol hacía resplandecer sus muros de mármol blanco y las láminas de oro de su techumbre. Parecía una montaña luminosa, algo sobrehumano que aplastaba todo con su opulencia y su orgullo.

Mannaei extendió el brazo hacia Sión, y con el cuerpo erguido, la cabeza hacia atrás y los puños cerrados, le lanzó un anatema, creyendo que las palabras tenían un poder efectivo.

Antipas le escuchaba sin que pareciera escandalizado.

El samaritano añadió:

-A veces se agita, desearía huir y espera la liberación. Otras veces tiene el aspecto tranquilo de un animal enfermo, o bien lo veo caminar en la oscuridad repitiendo: 11 "¿Qué importa? Para que él crezca yo tengo que empequeñecerme".

Antipas y Mannaei se miraron. Pero el tetrarca estaba cansado de reflexionar.

Todos aquellos montes que lo rodeaban como grandes olas petrificadas, los negros precipicios en las laderas de los acantilados, la inmensidad del cielo azul, la luz violenta del sol, la profundidad de los abismos le turbaban, y se sentía desolado ante el espectáculo del desierto, que simula, con su desquiciamiento geológico, anfiteatros y palacios derrumbados. El viento cálido llevaba, con un olor de azufre, como la exhalación de las ciudades malditas, enterradas debajo de la ribera, bajo las aguas densas. Esas señales de una ira inmortal le espantaban, y permanecía con ambos codos apoyados en la balaustrada, los *ojos* fijos y las sienes entre las manos.

Alguien le tocó. Se volvió. Herodías estaba erguida delante de él.

Una toga de púrpura liviana la cubría hasta las sandalias. Como había salido precipitadamente de su habitación, no llevaba collares ni zarcillos. Una trenza de su cabello negro le caía sobre el brazo y su extremo se hundía entre los senos. Le palpitaban las aletas de la nariz, le iluminaba el rostro un júbilo triunfal, y dijo con voz fuerte, sacudiendo al tetrarca:

-César nos ama. Agripa está preso. -¿Quién te lo ha dicho?

-¡Lo sé!

Y agregó:

-Es por haber deseado el imperio para Cayo.

Aunque vivía de sus limosnas, había intrigado para obtener el título de rey, que también ellos ambicionaban. Pero en el porvenir nada había que temer.

-Los calabozos de Tiberio se abren difícilmente, y a veces no está asegurada la vida en ellos.

Antipas le comprendió, y aunque era hermana de Agripa, su cruel intención le pareció justificada. Esos asesinatos eran una consecuencia de las cosas, una fatalidad de las casas reales. En la de Herodes ya no se los contaba.

Herodías expuso su plan: los clientes comprados, las cartas descubiertas, espías en todas las puertas y cómo había conseguido seducir a Eutiques, el delator.

-¡Nada me costaba! ¿No he hecho más por ti? ... ¡He abandonado a mi hija!

Después de su divorcio había dejado en Roma a aquella niña, con la esperanza de tener otros hijos del tetrarca. Nunca hablaba de ello, y Antipas se preguntó a qué se debía ese enternecimiento.

Habían desplegado el toldo y colocado rápidamente grandes almohadones cerca de ellos. Herodías se sentó y lloró vuelta de espaldas. Luego se pasó la mano por los *ojos*, dijo que no quería seguir pensando en aquello, que se consideraba dichosa, y recordó a Antipas sus conversaciones en el atrio, sus encuentros en las termas, sus paseos a lo largo de la Vía Sacra y los anocheceres en las grandes quintas de recreo, entre el murmullo de los surtidores, bajo arcos de flores, ante la campiña romana. Lo miraba como en otro tiempo, restregándose contra su pecho y con gestos *mimosos*. *El* la rechazó. ¡Estaba ya tan lejos el amor que ella trataba de reanimar! Y todas sus desdichas se derivaban de ello, pues la guerra continuaba desde hacía casi doce años. Había envejecido al tetrarca. Sus hombros se encorvaban bajo una toga oscura con ribete violeta, su cabello blanco se mezclaba con la barba, y los rayos del sol que atravesaban el velo iluminaban su frente apesadumbrada. La' de Herodías también tenía arrugas; y el uno frente al otro se contemplaban con gesto huraño.

Los caminos de la montaña comenzaron a poblarse con pastores que aguijaban a sus bueyes, niños que llevaban del ramal a sus asnos, palafreneros que conducían caballos. Los que bajaban de las alturas, al otro lado del Machaerus, desaparecían detrás del castillo; otros subían por la barranca de enfrente y cuando llegaban a la ciudad descargaban sus bagajes en los patios. Eran los proveedores del tetrarca y los sirvientes que precedían a sus invitados.

Pero en el fondo de la azotea, a la izquierda, apareció un esenio con túnica blanca, descalzo y de aspecto estoico. Mannaei, desde la derecha, se abalanzó hacia él levantando el cuchillo.

Herodías le gritó:

-¡Mátale!

-¡Detente! -ordenó el tetrarca.

Mannaei se quedó inmóvil, y el otro también.

Luego, los dos se retiraron, cada uno por una escalera 11 distinta, andando hacia atrás y sin perderse de vista.

-Yo lo conozco -dijo Herodías-. Se llama Fanuel y trata de ver a laokanann, porque tú te obcecas en conservarlo.

Antipas objetó que podría ser útil algún día. Sus imprecaciones contra Jerusalén ganaban para ellos la buena voluntad de los demás judíos.

-¡No! -replicó Herodías-. Aceptan todos los amos y no son capaces de crear una patria.

En cuanto al que agitaba al pueblo con esperanzas mantenidas desde Nehemías, la mejor política consistía en suprimirlo.

Nada apremiaba, según el tetrarca. ¿Laokanann peligroso? ¡Vamos! Y simulaba tomarlo a risa. -

¡Calla! -ordenó.

Ella recordó su humillación un día que iba a Galaad para la cosecha del bálsamo:

-La gente volvía a vestirse a la orilla del río. En un montículo cercano hablaba un hombre. Tenía una piel de camello alrededor de la cintura y su cabeza parecía la de un león. En cuanto me vio escupió sobre mí todas las maldiciones de los profetas. Sus ojos llameaban, su voz rugía y alzaba los brazos como para arrancar el trueno. ¡Era imposible huir! Las ruedas de mi carro tenían arena hasta en los ejes, y tuve que alejarme lentamente, envuelta en mi manto, helada por aquellas injurias que caían sobre mí como lluvia de tempestad.

Laokanann le impedía vivir. Cuando lo prendieron y ataron con cuerdas, los soldados tenían orden de apuñalarlo si se resistía, pero se mostró dócil. Pusieron serpientes en su prisión, pero murieron.

La inanidad de esas tentativas exasperaba a Herodías. Además, ¿por qué le hacía la guerra? ¿Qué interés lo impulsaba? Sus discursos, gritados a las multitudes, se difundían, circulaban, los oía en todas partes, llenaban el aire.

Contra las legiones se habría mostrado valiente, pero aquella fuerza más perniciosa que las espadas y que no se podía dominar era pasmosa. Y daba vueltas por la azotea, pálida de ira, sin encontrar palabras para expresar lo que la ahogaba.

Pensaba también que el tetrarca, cediendo a la opinión pública, tal vez se atrevería a repudiarla. ¡Entonces todo se perdería! Desde su infancia soñaba con un gran imperio. Para obtenerlo había abandonado a su primer esposo por aquel otro, que la había engañado según pensaba ella.

-¡Buen apoyo he encontrado ingresando en tu familia! -exclamó.

-Vale tanto como la tuya -replicó sencillamente el tetrarca.

Herodías sintió que hervía en sus venas la sangre de los sacerdotes y reyes antepasados suyos.

-¡Pero tu abuelo barría el tempo de Ascalón! ¡Y los otros eran pastores, bandidos, conductores de caravanas, una horda tributaria de Judá desde el reinado de David! ¡Todos mis antepasados vencieron a los tuyos! ¡El primero de los Macabeos os arrojó de Hebrón, e Hircano os obligó a circuncidaros!

Y, exhalando el desprecio de la patricia por el plebeyo, el odio de Jacob contra Esaú, le reprochó su indiferencia ante los ultrajes, su debilidad con los fariseos que lo traicionaban, su cobardía con la gente que la detestaba.

-¡Eres como ellos, confiésalo! Y echas de menos a la muchacha árabe que danza alrededor de las piedras. ¡Vuelve a tomarla! ¡Vete a vivir con ella en su casa de tela! ¡Devora su pan cocido bajo la ceniza! ¡Traga la leche cuajada de sus ovejas! ¡Besa sus mejillas cárdenas! ¡Y olvídate!

El tetrarca no escuchaba ya. Miraba la azotea de una casa, donde estaban una muchacha y una anciana que tenía una sombrilla con mango de bambú, largo como la caña de un pescador. En medio de la alfombra se hallaba abierta una gran canasta de viaje. De ella desbordaban confusamente ceñidores, velos y arracadas de piedras preciosas. La joven se inclinaba de vez en cuando sobre aquellas cosas y las sacudía en el aire. Vestía como las romanas una túnica rizada y un peplo con borlas de esmeralda; correas azules le sujetaban la cabellera, sin duda demasiado pesada, porque de cuando en cuando se llevaba la mano a ella. La sombra del quitasol se paseaba sobre la muchacha y la ocultaba a medias. Antipas vio dos o tres veces su cuello delicado, el rabillo de un ojo, la comisura de una boquita. Pero podía ver bien desde las caderas hasta la nuca todo su talle, que se inclinaba para volver a enderezarse de una manera elástica. Espiaba la

repetición de ese movimiento, y su respiración se hacía más fuerte y se encendían llamas en sus ojos. Herodías lo observaba.

¿Quién es ella? -preguntó Antipas.

Herodías respondió que no lo sabía, y se fue, aplacada de pronto.

Al tetrarca lo esperaban en los pórticos los galileos, el maestro de las escrituras, el jefe de los pastos, el administrador de las salinas y un judío de Babilonia que mandaba a sus soldados de caballería. Todos lo saludaron con una aclamación. Luego entró en las habitaciones interiores.

Apareció Fanuel en el recodo de un pasillo.

-¡Otra vez! ¿Vienes, sin duda, por Iaokanann?

-Y por ti. Tengo que comunicarte algo importante.

Y sin separarse de Antipas, penetró, detrás de él, en una habitación oscura.

La luz entraba por una reja que corría a lo largo de la cornisa. Las paredes estaban pintadas con un color granate, casi negro. En el fondo había un lecho de ébano con cinchas de cuero de vaca. Sobre él brillaba como un sol un escudo de oro.

Antipas cruzó toda la sala y se acostó en el lecho.

Fanuel, de pie, levantó el brazo y en actitud inspirada dijo:

-El Altísimo envía en ocasiones a uno de sus hijos. Iaokanann es uno de ellos. Si lo oprimes, serás castigado.

-¡Es él quien me persigue! --exclamó Antipas-. Me exigió una acción imposible, y desde entonces me desgarró. Y yo no era duro al comienzo. Incluso ha enviado desde Machaerus hombres que agitan mis provincias. ¡Maldito sea! ¡Puesto que me ataca, me defiende!

-Sus iras son demasiado violentas -replicó Fanuel-. Pero no importa. Hay que ponerlo en libertad.

-¡No se suelta a las fieras! -dijo el tetrarca.

El esenio replicó:

-No te preocupes. Irá a predicar entre los árabes, los galos y los escitas. ¡Su misión debe extenderse hasta el extremo de la tierra!

Antipas pareció abstraerse en una visión. -Su poder es grande. ¡A mi pesar, le amo! - Entonces, ¿quedará en libertad?

El tetrarca movió la cabeza negativamente. Temía a Herodías, a Manaei y a lo desconocido.

Fanuel trató de convencerle, alegando, como garantía de sus proyectos, la sumisión de los esenios a los reyes. Se respetaba a aquellos hombres pobres, indomables por me dio de los suplicios, vestidos de lino y que leían el porvenir en las estrellas.

Antipas recordó algo que le había dicho Fanuel momentos antes.

-¿Qué es eso que me anunciabas como importante?

Se presentó un negro, con el cuerpo blanco de polvo. Jadeaba y sólo pudo decir:

-¡Vitelio!

-¿Cómo? ¿Viene?

-Lo he visto. Antes de tres horas estará aquí.

Los cortinones de los corredores se movieron como si los sacudiera el viento. Un rumor llenó el castillo, un alboroto de gente que corría, de muebles arrastrados, de vajillas de plata derribadas. Y en lo alto de las torres sonaban las bocinas para llamar a los esclavos dispersos.

II

Las murallas estaban cubiertas de gente cuando Vitelio entró en el palacio. Se apoyaba en el brazo de su intérprete y le seguía una gran litera roja adornada con penachos y espejos. Vestía la toga, el laticlavo de senador y los borceguíes de cónsul, y lo rodeaban los lictores.

Colocaron contra la puerta sus doce fascas, o sea varas atadas con una correa con un hacha en medio. Y todos se estremecieron ante la majestad del pueblo romano.

La litera, que conducían ocho hombres, se detuvo, y de ella salió un adolescente panzudo, de rostro granujiento y con los dedos cubiertos de perlas. Le ofrecieron una copa llena de vino y de aromas. La bebió y pidió otra.

El tetrarca se había arrojado a las rodillas del procónsul, lamentando, según decía, no haber tenido antes noticia del favor de su visita. De otro modo habría ordenado que preparasen en los caminos todo lo necesario para los Vitelios. Estos descendían de la diosa Vitelia. Una vía que llevaba del janículo al mar tenía todavía su nombre. Las cuesturas y los consulados eran innumerables en la familia; y a Lucio, en aquel momento su huésped, se le debía agradecimiento como vencedor de los Clitos y padre de aquel joven Aulio, que parecía volver a sus dominios, pues el Oriente era la patria de los dioses. Estas hipérboles fueron expresadas en latín. Vitelio las aceptó impasiblemente.

Respondió que el gran Herodes bastaba para la gloria de una nación. Los atenienses le habían concedido la superintendencia de los juegos Olímpicos. Había erigido templos en honor de Augusto, y era paciente, ingenioso, terrible y siempre fiel a los Césares.

Entre las columnas con capiteles de bronce apareció Herodías, que avanzaba con aire de emperatriz, rodeada de mujeres y eunucos que llevaban en bandejas de plata sobredorada perfumes encendidos.

El procónsul dio tres pasos para salir a su encuentro y, después que la saludara con una inclinación de cabeza, ella exclamó:

-¡Qué dicha que en adelante a Agripa, el enemigo de Tiberio, le sea imposible hacerle daño!

Vitelio ignoraba el acontecimiento y Herodías le pareció peligrosa. Y como Antipas juró que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por el Emperador, le preguntó:

-¿Inclusive en perjuicio de otros?

Había tomado rehenes del rey de los partos, sin que el Emperador pensara en ello, pero Antipas, presente en la conferencia, para hacerse valer, se había apresurado a enviar la noticia. A eso se debían un rencor profundo y los retrasos en proporcionar socorros.

El tetrarca balbuceó, pero Aulio dijo, riendo:

Tranquilízate, yo te protejo.

El procónsul fingió no haber oído. La fortuna del padre dependía de la mancilla del hijo, y aquella flor del fango de Capri le procuraba beneficios tan considerables que la rodeaba de atenciones, aunque desconfiaba de ella, porque era venenosa.

En la puerta se produjo un tumulto. Introducían una recua de mulas blancas, montadas por personajes con vestimentas de sacerdotes. Eran los saduceos y fariseos, que iban a Machaerus impulsados por la misma ambición, los primeros para obtener los cargos de sacrificadores, y los otros para conservarlos. Sus rostros estaban sombríos, sobre todo los de los fariseos, enemigos de Roma y del tetrarca. Los faldones de las túnicas les estorbaban entre la muchedumbre, y sus tiaras oscilaban en su cabeza sobre las bandeletas de pergamino con fragmentos de la Sagrada Es-

critura.

Casi al mismo tiempo llegaron los soldados de la vanguardia. Habían metido sus escudos en sacos para resguardarlos del polvo, y detrás de ellos iba Marcelo, lugarteniente del procónsul, con unos publícanos, que apretaban bajo el sobaco tabletas de madera.

Antipas presentó a los principales de su séquito: Tolmai, Kanthera, Sehón, Amnonio de Alejandría, que le compraba el asfalto; Naamann, capitán de sus vélites; y Iacim, el babilonio.

Vitelio se había fijado en Mannari.

-¿Quién es ése? -preguntó.

El tetrarca le dio a entender con un gesto que era el verdugo.

Luego presentó a los saduceos.

Jonatás, un hombrecito de modales desenvueltos y que hablaba griego, suplicó al señor que les honrara con una visita a Jerusalén. Contestó que iría allí probablemente.

Eleazar, de nariz corva y barba larga, reclamó para los fariseos el manto del gran sacerdote guardado en la torre Antonia por la autoridad civil.

Luego, los galileos denunciaron a Poncio Pilatos. Con motivo de un loco que buscaba los vasos de oro de David en una cueva cerca de Samaria, había matado a algunos habitantes. Y todos hablaban al mismo tiempo, Mannaei con más violencia que los otros. Vitelio aseguró que los criminales serían castigados.

Se oyeron vociferaciones frente al pórtico donde los soldados habían colgado sus escudos. Las fundas estaban deshechas y sobre los Umbo² se veía la imagen de César. Eso era para los judíos una idolatría. Antipas los arengó, mientras Vitelio, en la columnata, sentado en un alto sitial, se asombraba de su furor. Tiberio había hecho bien al desterrar a cuatrocientos de ellos a Cerdeña. Pero en su país eran fuertes, por lo que ordenó que retiraran los escudos.

Entonces rodearon al procónsul, implorándole que reparara las injusticias, así como privilegios y limosnas. Se desgarraban las ropas, se aplastaban, y para hacer lugar, los esclavos golpeaban con sus bastones a derecha e izquierda. Los que estaban más cerca de la puerta bajaban por el sendero mientras otros subían; refluían, y dos corrientes se cruzaban en aquella masa de hombres que oscilaba comprimida por el cerco de las murallas.

Vitelio preguntó por qué había allí tanta gente. Antipas le dijo que la causa era el festín para celebrar su cumpleaños. Y le mostró a muchas personas que, inclinadas sobre las almenas, izaban grandes cestos de viandas, frutas, legumbres, antílopes y cigüeñas, anchos peces azules, uvas, sandías y pirámides de granadas. Aulio no aguantó más. Corrió hacia las cocinas, impulsado por la glotonería que iba a sorprender al universo.

Al pasar cerca de una bodega vio unas' marmitas parecidas a corazas. Vitelio fue a verlas, y exigió que le abrieran las habitaciones subterráneas de la fortaleza.

Estaban talladas en la roca, tenían altas bóvedas y pilares de trecho en trecho. La primera contenía viejas armaduras, pero la segunda rebosaba de picas que alargaban sus puntas emergiendo de un haz de plumas. La tercera parecía tapizada con esteras de juncos, tantas eran las finas flechas colocadas perpendicularmente las unas junto a las otras. Hojas de cimitarras

² Palabra latina que designa la protuberancia del escudo.

cubrían las paredes de la cuarta. En el centro de la quinta, hileras de cascos, con sus crestones, formaban una especie de batallón de serpientes rojas. En la sexta no se veían más que aljabas; en la séptima, grebas; en la octava, brazales; y en las siguientes, horquillas, garfios, escalas, cuerdas, ¡y hasta maderos para las catapultas y cascabeles para el petral de los dromedarios! Y como la montaña se ensancha en la base, ahuecada por dentro como un panal de abejas, debajo de aquellas habitaciones había otras muchas, todavía más profundas.

Vitelio, Fincas, su intérprete, y Sisena, el jefe de los publicanos, las recorrieron a la luz de las antorchas que llevaban tres eunucos.

En la penumbra se distinguían cosas horribles inventadas por los bárbaros: rompecabezas guarnecidos con clavos, venablos que envenenaban las heridas, tenazas parecidas a mandíbulas de cocodrilo. En fin, el tetrarca poseía en Machaerus municiones de guerra para equipar cuarenta mil soldados.

Las había acumulado en previsión de una alianza de sus enemigos. Pero el procónsul podía creer, o decir, que eran para combatir a los romanos, y pedía explicaciones.

Antipas alegó que no eran suyas; muchas servían para defenderse de los bandidos; otras eran necesarias para luchar contra los árabes; o bien todo aquello había pertenecido a su padre. Y en vez de ir detrás del proconsul, iba delante, a pasos rápidos. Luego se colocó pegado a una pared que ocultaba con la toga, y con los dos codos separados; pero el dintel de una puerta sobrepasaba su cabeza. Vitelio lo advirtió y quiso saber qué había en aquella habitación.

Sólo podía abrirla el babilonio.

-Llama al babilonio.

Lo esperaron.

Su padre había venido de las orillas del Éufrates a ofrecerse a Herodes el Grande, con quinientos caballeros, para defender las fronteras orientales. Después de la partición del reino, Iacim se había quedado con Filipo y ahora servía a Antipas.

Se presentó con un arco al hombro y un látigo en la mano. Cordones multicolores ceñían estrechamente sus piernas torneadas. Sus gruesos brazos salían de una túnica sin mangas, y un gorro de piel le sombreaba la cara, cuya barba estaba rizada en anillos.

Al principio pareció no comprender al intérprete. Pero Vitelio lanzó una mirada a Antipas, quien repitió inmediatamente su orden. Entonces, Iacim aplicó las dos manos a la puerta, que se deslizó por el muro.

Un soplo de aire cálido salió de las tinieblas. Un pasillo descendía dando vueltas; lo siguieron y llegaron a la entrada de una gruta más amplia que los otros subterráneos.

En el fondo se abría una arcada sobre el precipicio, que por ese lado defendía la ciudadela. Una madreSelva asida a la bóveda dejaba caer sus flores a la luz del día. A ras del suelo murmuraba un hilillo de agua.

Había allí tal vez un centenar de caballos blancos que comían la cebada en una tabla colocada al nivel de su hocico. Todos tenían la crin pintada de azul, los cascos en mitones de esparto, y los pelos de entre las orejas ahuecados sobre el frontal como una peluca. Con su cola, muy larga, se golpeaban suavemente los jarretes. El procónsul se quedó mudo de admiración.

Eran animales maravillosos, flexibles como serpientes, ligeros como pájaros. Partían con la flecha del jinete, derribaban a los soldados mordiéndoles en el vientre, salvaban los obstáculos de las rocas, saltaban sobre los precipicios, y durante todo un día mantenían en las llanuras su galope frenético; una palabra los detenía. Cuando entró Iacim se le acercaron como los corderos cuando aparece el pastor, y estirando el cuello lo miraban inquietos con sus ojos de niño. Por costumbre, Iacim lanzó desde el fondo de la garganta un grito ronco que les alborozó, y se

encabritaron, hambrientos de espacio y pidiendo que los dejaran correr.

Antipas, temiendo que Vitelio se los llevara, los había encerrado en aquel lugar, destinado a los animales en caso de sitio.

-La caballeriza es mala -dijo el procónsul-, y te expones a perderlos. Haz el inventario, Sisena.

El publicano sacó una tablilla de su cinturón, contó los caballos y los anotó.

Los agentes de las compañías fiscales corrompían a los gobernadores para saquear las provincias. Aquél husmeaba por todas partes con su mandíbula de garduña y sus ojos parpadeantes.

Por fin, volvieron al patio.

Rodelas de bronce desparramadas en el pavimento cubrían las cisternas. Vitelio observó una mayor que las otras y que no sonaba como ellas al pisarla. Fue golpeando todas alternativamente, y luego gritó, pataleando:

-¡Lo encontré! ¡Lo encontré! ¡Aquí está el tesoro de Herodes!

La búsqueda de esos tesoros era una manía de los romanos.

El tetrarca juró que no existían.

¿Pero qué había allí debajo?

-Nada. Un hombre, un preso.

-¡Muéstralo! --ordenó Vitelio.

El tetrarca no obedeció, alegando que los judíos conocerían su secreto. Su resistencia impacientó a Vitelio.

-¡Abrid eso! -gritó a los lictores.

Mannaei adivinó lo que querían hacer. Al ver un hacha, creyó que iban a decapitar a laokanann y detuvo al licitor cuando dio el primer golpe en la rodela. Luego introdujo entre ella y el piso una especie de gancho, estiró los largos brazos delgados, la levantó suavemente y la retiró. Todos admiraron la fuerza de aquel anciano. Bajo la doble cubierta de madera había una trampa de la misma dimensión. De un puñetazo separó las dos mitades y apareció un agujero, un foso enorme al que rodeaba una escalera sin barandilla. Y los que se inclinaron en el borde vieron en el fondo algo vago y espantoso.

Un ser humano estaba acostado en el suelo bajo una larga cabellera que se confundía con las pieles de animal que le cubrían la espalda. Se levantó. Su frente tocaba una reja empotrada horizontalmente, y de cuando en cuando desaparecía en las profundidades de su antro.

El sol hacía brillar la punta de las tiaras y el pomo de las espadas, calentaba demasiado las losas, y unas palomas volaban desde los frisos y revoloteaban sobre el patio. Era la hora en que Mannaei les arrojaba habitualmente el grano. Se hallaba en cuclillas delante del tetrarca, que estaba de pie junto a Vitelio. Los galileos, los sacerdotes y los soldados formaban círculo detrás de ellos; todos callaban, angustiados por lo que iba a suceder.

Lo primero fue un gran suspiro, lanzado por una voz cavernosa.

Herodías lo oyó desde el otro lado del palacio. Fascinada, se abrió paso entre la multitud, y se quedó escuchando, con una mano en el hombro de Mannaei y el cuerpo inclinado.

La voz se elevó:

-¡Ay de vosotros, fariseos y saduceos, raza de víboras, odres inflados, címbalos retumbantes!

Reconocieron la voz de laokanann. Circuló su nombre y acudió más gente.

-¡Ay de ti, oh pueblo, y de los traidores de Judá, los borrachos de Efraín, los que habitan en el valle fértil y los que se tambalean con los vapores del vino!

"¡Que se disipen como el agua que corre, como la babosa que se disuelve al pisarla, como el feto que no nace!

"Tú, Moab, tendrás que refugiarte en los cipreses como los pájaros, en las cavernas como los jerbos. Las puertas de tus fortalezas serán rotas con más facilidad que cáscaras de nuez, las murallas se derrumbarán, las ciudades arderán y el azote del Eterno no se detendrá. Revolverá vuestros miembros en vuestra sangre, como la lana en la cuba del tintorero. Os desgarrará como un rastrillo nuevo. ¡Desparramará por las montañas todos los pedazos de vuestra carne!"

¿A qué conquistador se refería? ¿Era, a Vitelio? Sólo los romanos podían realizar ese exterminio. Se oyeron lamentos.

-¡Basta! ¡Basta! ¡Que termine!

Laokanann continuó, en voz más alta:

-¡Los niños se arrastrarán por las cenizas junto al cadáver de su madre! Por la noche irán a buscar el pan entre los escombros, a riesgo de encontrar las espadas. Los chacales se disputarán las osamentas en las plazas públicas, donde al anochecer conversaban los viejos. Tus vírgenes, tragándose sus lágrimas, tocarán la cítara en los festines del extranjero y tus hijos más valientes encorvarán la espalda, desollada por cargas demasiado pesadas.

El pueblo volvía a ver los días de su exilio, todas las catástrofes de su historia. Eran las palabras de los antiguos profetas, y Laokanann las pronunciaba, una tras otra, como si asestara fuertes golpes.

Pero de pronto la voz se fue haciendo suave, armoniosa y cantante. Anunciaba una manumisión, esplendores celestes, al recién nacido con un brazo en la caverna del dragón, oro en vez de arcilla y el desierto floreciendo como una rosa.

-Lo que ahora vale sesenta quicares no costará ni un óbolo. Fuentes de leche brotarán de las rocas, se dormirá en los lagares con el estómago lleno. ¿Cuándo vendrás tú, a quien espero? ¡De antemano todos los pueblos se arrodillan y tu dominio será eterno, Hijo de David!

El tetrarca retrocedió, pues la existencia de un Hijo de David le ultrajaba como una amenaza.

Laokanann le increpó por su realeza:

-¡No hay más rey que el Eterno! -gritó, y le reprochó sus jardines, sus estatuas, sus muebles de marfil, ¡como el impío Acab!

Antipas rompió el cordelito del sello que llevaba colgado en el pecho y lo lanzó al foso, ordenándole que callara.

La voz replicó:

-¡Gritaré como un oso, como un asno silvestre, como una mujer que pare!

"El castigo lo tienes ya en tu incesto. Dios te aflige con la esterilidad del mulo."

Se oyeron risas parecidas al chapoteo de las olas.

Vitelio se obstinaba en quedarse. El intérprete, en tono impasible, repetía en el idioma de los romanos todas las injurias que Laokanann rugía en el suyo. El tetrarca y Herodías se veían obligados a soportarlas dos veces. Él jadeaba, mientras ella observaba estupefacta el fondo del pozo.

El hombre terrible levantó la cabeza y, siendo los barrotes, pegó a ellos el rostro, que parecía un matorral en el que brillaban dos ascuas.

-¡Ah, eres tú, Jezabel! Te apoderaste de su corazón con el crujido de tu calzado. Relinchabas como una yegua. Dispusiste tu lecho en los montes para realizar tus sacrificios

"¡El Señor te arrancará los zarcillos de las orejas, tus vestidos de púrpura, tus velos de lino, los anillos de tus brazos, las ajorcas de tus pies, las pequeñas medias lunas de oro que

tiemblan en tu frente, los espejos de plata, los abanicos de plumas de avestruz, los chapines de nácar que elevan tu estatura, el brillo de tus diamantes, los perfumes de tu cabello, la pintura de tus uñas, todos los artificios de tu voluptuosidad, ¡y faltarán piedras para lapidar a la adúltera!"

Herodías buscó a su alrededor con la mirada a alguien que la defendiera. Los fariseos bajaban hipócritamente la vista. Los saduceos volvían la cabeza, pues temían ofender al procónsul. Antipas parecía morir.

La voz se hacía más fuerte, se extendía, rodaba con desgarramientos de trueno, y al repetirla el eco de las montañas, fulminaba a Machaerus con rayos multiplicados.

-¡Arrójate en el polvo, hija de Babilonia! ¡Haz moler la harina! ¡Quítate el ceñidor, desátate el calzado, arremángate y pasa los ríos! ¡Tu vergüenza será descubierta, tu oprobio será visto! ¡Tus sollozos te romperán los dientes! ¡El Eterno aborrece el hedor de tus crímenes! ¡Maldita! ¡Maldita! ¡Revienta como una perra!

La trampa se cerró y cayó la cubierta. Mannaei quería estrangular a Iaokanann.

Herodías desapareció. Los fariseos estaban escandalizados. Antipas, entre ellos, se justificaba.

-Sin duda -dijo Eleazar- es lícito casarse con la esposa de un hermano, pero Herodías no era viuda, y además tenía un hijo, lo que constituye una abominación.

-¡Error! ¡Error! -objetó el saduceo Jonatás-. La Ley condena esos matrimonios, pero no los prohíbe por completo.

-¡No importa! Son muy injustos conmigo -dijo Antipas-, pues, al fin y al cabo, Absalón se acostaba con las mujeres de su padre, Judá con su nuera, Amón con su hermana y Lot con sus hijas.

Aulio, que había estado durmiendo, se presentó en aquel momento. Cuando le enteraron del asunto, aprobó al tetrarca. No debían preocuparse por semejantes tonterías. Y se rió mucho de la reprobación de los sacerdotes y del enfurecimiento de Iaokanann.

Herodías se volvió hacia él desde la escalinata.

-Te equivocas, señor -dijo-. Iaokanann ordena al pueblo que no pague los impuestos.

-¿Es verdad eso? -preguntó inmediatamente el publicano.

Las respuestas fueron en general afirmativas y el tetrarca las confirmó.

Vitelio pensó que el preso podía huir, y como el comportamiento de Antipas le parecía sospechoso, apostó centinelas en las puertas, a lo largo de las murallas y en el patio.

Luego fue a ver su alojamiento. Los representantes de los sacerdotes lo acompañaron.

Sin referirse al cargo de sacrificador, cada uno de ellos expuso sus motivos de queja.

Todos le importunaban y los despidió.

Apenas se fue, Jonatás, Vitelio vio en una almena a Antipas conversando con un hombre de cabellera larga y túnica blanca, un esenio, y sintió haberle defendido.

Una reflexión había consolado al tetrarca. Laokanann no dependía ya de él, pues los romanos lo tomaban a su cargo. ¡Qué alivio! Fanuel se paseaba en aquel momento por el camino de ronda.

Lo llamó, y señalando a los soldados, dijo:

-Son los más fuertes. No puedo ponerlo en libertad. Yo no tengo la culpa.

El patio estaba desierto. Los esclavos descansaban. En el enrojecimiento del cielo, que inflamaba el horizonte, los menores objetos perpendiculares se destacaban en negro. Antipas distinguía las salinas en el otro extremo del Mar Muerto, pero no veía ya las tiendas de los árabes. ¿Se habían ido, acaso? Salía la luna y su corazón se apaciguaba.

Fanuel, abatido, permanecía con el mentón sobre el pecho. Por fin reveló lo que tenía que

decir.

Desde el comienzo del mes estudiaba el cielo antes del alba; la constelación de Perseo se hallaba en el cenit, Agalah apenas se mostraba, Algol brillaba menos y Mira-Coeti había desaparecido. De ello auguraba la muerte de un hombre importante esa misma noche en Machaerus.

¿Quién? Vitelio estaba bien defendido. No ejecutarían a Iaokanann. "Por consiguiente soy yo", pensaba el tetrarca.

¿Tal vez volverían los árabes? ¿Descubriría el procónsul sus relaciones con los partos? Sicarios de Jerusalén acompañaban a los sacerdotes y llevaban puñales bajo la ropa. El tetrarca no dudaba de la ciencia de Fanuel.

Se le ocurrió la idea de recurrir a Herodías. Sin embargo, la odiaba. Pero ella le daría valor, y además no estaban rotos todos los lazos del *hechizo* que había experimentado en otro tiempo.

Cuando entró en su habitación humeaba el cinamomo en una fuente de pórvido, y se veían dispersos polvos, ungüentos, gasas parecidas a nubes y bordados más livianos que plumas.

Nada dijo de la predicción de Fanuel ni de su temor a los judíos y los árabes, pues ella le habría acusado de cobardía. Solamente habló de los romanos. Vitelio no le había confiado sus planes militares. Lo suponía amigo de Cayo, que mantenía frecuentes relaciones con Agripa; y lo desterrarían o tal vez lo ahorcarían.

Herodías, con una indulgencia desdeñosa, trató de tranquilizarlo. Por fin, sacó de un cofrecito una medalla rara adornada con el perfil de Tiberio. Eso bastaría para hacer que palidieran los lictores y se desvanecieran las acusaciones.

Antipas, conmovido de agradecimiento, le preguntó cómo había obtenido esa medalla.

-Me la dieron -contestó Herodías.

Desde detrás de una cortina situada frente a ellos salió un brazo desnudo, un brazo joven y encantador como si hubiese sido torneado en marfil por Policleto. De una manera un poco torpe y, no obstante, graciosa, se movió en el aire para recoger una túnica olvidada en un escabel junto a la pared.

Una anciana se la entregó en silencio apartando la cortina.

El tetrarca recordó, sin proponérselo, algo que no podía precisar.

¿Es tuya esa esclava? --preguntó.

-¡Qué te importa? -respondió Herodías.

III

Los invitados llenaban la sala del festín.

Tenía tres naves, como una basílica, separadas por columnas de madera de algunimum, con capiteles de bronce cubiertos de esculturas. Dos galerías con hileras de ventanas se apoyaban en ellas, y una tercera con filigrana de oro se encorbaba en el fondo, frente a un enorme arco de bóveda que se abría en el otro extremo.

Había candelabros encendidos en las mesas alineadas en toda la longitud de las naves, y

formaban como matorrales de fuego entre las copas de loza pintada, los platos de cobre, los cubos de nieve y los racimos de uvas; pero esas claridades rojizas se iban perdiendo poco a poco a causa de la é altura del techo, y a través de las ramas brillaban puntos luminosos que parecían estrellas. Por la abertura de la gran puerta se veían antorchas en las azoteas de las casas, pues Antipas festejaba a sus amigos, a su pueblo y **a todos los que** se presentaran.

Esclavos vigilantes como perros y calzados con sandalias de fieltro iban de un lado a otro conduciendo bandejas.

La mesa proconsular ocupaba, bajo la tribuna dorada, un estrado de tablas de sicómoro. Tapices de Babilonia formaban a su alrededor una especie de pabellón.

En tres lechos de marfil, uno enfrente y dos a los lados, se hallaban Vitelio, su hijo Aulio y Antipas, el procónsul cerca de la puerta, a la izquierda; Aulio a la derecha y el tetrarca en el centro.

Vestía un pesado manto negro cuya trama desaparecía bajo las aplicaciones de colores; tenía las mejillas pintadas, la barba en abanico y polvo de azul de cobalto en el cabello, sujeto por una diadema de piedras preciosas. Vitelio conservaba su tahalí de púrpura, que descendía en diagonal sobre una toga de lino. Aulio se había hecho anudar a la espalda las mangas de su túnica de seda violeta, bordada con hojuelas de plata. Los bucles de su cabello formaban pisos, y un collar de zafiros brillaba en su pecho, graso y blanco como el de una mujer. Junto a él en una estera y con las piernas cruzadas, se hallaba un niño muy bello que sonreía constantemente. Lo había visto en las cocinas, no podía prescindir de él y, como le era difícil recordar su nombre caldeo, le llamaba sencillamente "el asiático". De vez et cuando se recostaba en el triclinio, y entonces sus pies descalzos dominaban la reunión.

En ese lado estaban los sacerdotes y los funcionarios de Antipas, los habitantes de Jerusalén y los notables de las ciudades griegas; y debajo del procónsul, Marcelo con los publicanos, los amigos del tetrarca, los personajes de Caná, Tolemaida Y Jericó. Luego, mezclados, montañeses del Líbano, veteranos de Herodes, doce tracios, un galo, dos germanos, cazadores de gacetas, pastores de Idumea, el sultán de Palmira, marineros de Eziongaber. Cada uno tenía delante una galleta de pasta blanda para limpiarse los dedos; y los brazos, estirándose como cuellos de buitre, tomaban aceitunas, maníes y almendras. Todos los rostros estaban alegres bajo coronas de flores.

Los fariseos las habían rechazado por considerarlas una indecencia romana. Se estremecían cuando los rociaban con gálbano e incienso, combinación reservada a los usos del Templo.

Aulio se frotó con ella los sobacos, y Antipas le-prometió todo un cargamento de tres cuévanos de ese verdadero bálsamo que había sido causa de que Cleopatra codiciase la Palestina.

Un capitán de su guarnición de Tiberíades, recién llegado, se colocó detrás de él para informarle de acontecimientos extraordinarios, pero su atención se dividía entre el procónsul y lo que se decía en las mesas vecinas.

En ellas se hablaba de Iaokanann y de las personas de su especie; Simón de Gitión lavaba los pecados con fugo; cierto Jesús...

-¡Es el peor de todos! -exclamó Eleazar-. ¡Qué histrión infame!

Detrás del tetrarca se levantó un hombre, pálido como la orla de su clámide. Bajó del estrado y gritó a los fariseos: "¡Mentís! ¡Jesús hace milagros!

Antipas deseaba verlo y le dijo:

-Debías haberlo traído. Infórmanos.

El hombre contó que él, Jacob, tenía una hija enferma y fue a Cafarnaum para suplicar al

Maestro que la curase. El Maestro respondió: "Vuelve a tu casa, está curada". Y la encontró en la puerta, pues se había levantado de la cama cuando el gnomon del reloj de sol del palacio marcaba la hora tercia, el instante mismo en que él se acercaba a Jesús.

Los fariseos objetaron que ciertamente existían prácticas y hierbas poderosas. Allí mismo, en Machaerus, se encontraba a veces el baarás, planta milagrosa que hace invulnerable, pero curar sin ver ni tocar era imposible, a menos que Jesús utilizase a los demonios.

Y los amigos de Antipas, los notables de Galilea, repitieron, moviendo la cabeza:

-Los demonios, evidentemente.

Jacob, de pie entre su mesa y la de los sacerdotes, callaba en actitud altiva y bondadosa.

Le intimaban para que hablase.

-¡Justifica el poder de ese Jesús!

Se encogió de hombros, y en voz baja, lentamente, como asustado de sí mismo, preguntó:

-¿No sabéis, pues, que es el Mesías?

Todos los sacerdotes se miraron y Vitelio pidió que le explicasen esa palabra. Su intérprete tardó un minuto en responder.

Llamaban así a un libertador que les aportaría el disfrute de todos los bienes y el dominio de todos los pueblos. Algunos llegaban a sostener que serían dos. Al primero lo vencerían Gog y Magog, demonios del Norte, pero el otro exterminaría al Príncipe del Mal; y desde hacía siglos lo esperaban de un momento a otro.

Los sacerdotes se pusieron de acuerdo y Eleazar tomó la palabra.

Ante todo, el Mesías sería hijo de David y no de un carpintero. Confirmaría la Ley y aquel nazareno la atacaba. Y, argumento más fuerte, debía precederle la venida de Elías.

Jacob replicó:

-¡Pero Elías ya ha venido!

-¡Elías! ¡Elías! -repitió la multitud hasta el otro extremo de la sala.

Todos veían con la imaginación a un anciano bajo un vuelo de cuervos, al rayo encendiendo un altar, a los pontífices idólatras arrojados a los torrentes. Y en las tribunas, las mujeres pensaban en la viuda de Sarepta.

Jacob se cansaba de repetir que él lo conocía, que lo había visto, y el pueblo también. ¿Su nombre?

Entonces gritó con todas sus fuerzas: -¡Iaokanann!

Antipas se recostó como si le hubiesen golpeado en pleno pecho. Los saduceos saltaron sobre Jacob. Eleazar peroraba para hacerse escuchar.

Cuando se restableció el silencio, se envolvió en su manto y, como un juez, inició un interrogatorio. -Puesto que el profeta ha muerto...

Unos murmullos le interrumpieron. Se creía únicamente que Elías había desaparecido.

Se volvió contra la multitud y continuó el interrogatorio. -¿Crees que ha resucitado?

-¿Por qué no? -contestó Jacob.

Los saduceos se encogieron de hombros. Jonatás abría exageradamente sus ojitos y se esforzaba por reír como un bufón. Nada tan necio como la pretensión de que el cuerpo ha de vivir eternamente; y declamó, para el procónsul, este verso de un poeta contemporáneo:

*Nec crescit, nec post mortem durare oïdetur*³.

³ El cuerpo no se desarrolla sin el alma ni puede sobrevivirla. Lucrecio, *De natura rena*.

Pero Aulio se había inclinado en el borde del trièlinio, con la frente sudorosa, el rostro verde y los puños sobre el estómago.

Los saduceos fingieron un gran sobresalto -al día siguiente les concedieron el derecho a sacrificar-, Antipas simuló desesperación, y Vitelio permaneció impassible. Sin embargo, su angustia era sincera y violenta, pues con su hijo perdía su fortuna.

Aulio no había acabado de vomitar cuando quiso volver a comer.

-¡Que me den raspaduras de mármol, esquistó de Naxos, agua del mar, cualquier cosa! ¿Y si tomase un baño?

Masticó nieve, y luego, vacilante entre una conserva de Comagene y unos mirlos rosados, se decidió por zapallo en dulce. El asiático lo contemplaba, pues creía que esa capacidad para engullir indicaba un ser prodigioso y de raza superior.

Sirvieron riñones de toro, lirones, ruiseñores, picadillo en hojas de pámpano, mientras los sacerdotes discutían sobre la resurrección. Ammonio, discípulo de Filón el platónico, los juzgaba estúpidos, y así se lo decía a unos griegos que se burlaban de los oráculos. Marcelo y Jacob se habían juntado; el primero narraba al segundo la dicha que le había causado el bautismo de Mitra, y Jacob le instaba a seguir a Jesús. Los vinos de palmera y de tamarisco, los de Safet y de Biblos, corrían de las ánforas a las cráteras, de las cráteras a las copas, y de las copas a las gargantas. Se charlaba y los corazones se expansionaban. Iacim, aunque judío, no ocultaba su adoración de los planetas. Un mercader de Aphaka deslumbraba a los nómadas detallándoles las maravillas del templo de Hierápolis, y ellos le preguntaban cuánto costaría la peregrinación hasta ese templo. Otros se atenían a su religión nativa. Un germano casi ciego cantó un himno celebrando el promontorio de Escandinavia donde los dioses aparecen con los rostros radiantes; y los naturales de Siquem no comían tórtolas por deferencia a la paloma Azima.

Muchos conversaban de pie en el centro de la sala; y el vaho de los alientos, con el humo de los candelabros, formaba una niebla en el aire. Fanuel pasó a lo largo de las paredes. Venía de examinar una vez más el firmamento, pero no avanzó hasta el tetrarca, porque temía las manchas de aceite, que para los esenios eran una gran impurificación.

Unos golpes resonaron en la puerta del castillo.

Ahora ya se sabía que Iaokanann se hallaba allí, preso. Unos hombres con antorchas subían por el sendero, una masa negra hormigueaba en el barranco, y de vez en cuando gritaban:

-¡Iaokanann! ¡Iaokanann!

-Él trastorna todo -dijo Jonatás.

-No habrá dinero si continúa -añadieron los fariseos.

Y se oyeron recriminaciones:

~¡Protégenos!

-¡Que se termine con él!

~¡Abandonas la religión!

-¡Eres impío como todos los Herodes!

~¡Menos que vosotros! -replicó Antipas_. ¡Fue mi padre quien edificó vuestro templo!

Entonces, los fariseos, los hijos de los proscritos y los partidarios de los Matatías acusaron a! tetrarca de los crímenes de su familia.

Tenían el cráneo puntiagudo, la barba erizada, las manos débiles y malignas, o la cara chata, gruesos ojos redondos y aspecto de perros de presa. Una docena, escribas y sirvientes de los sacerdotes, alimentados con las sobras de los holocaustos, se lanzaron hasta el pie del estrado y amenazaron con cuchillos a Antipas, que los arengaba, mientras los saduceos lo defendían flojamente. El tetrarca vio a Mannaci y le hizo seña para que se fiara. Vitelio indicaba con su pre-

sencia de ánimo que aquellas cosas no le alentaban.

Los fariseos, sin abandonar sus triclinios, fueron presa de pronto de un furor demoníaco, y rompieron los platos que tenían delante. Les habían servido el guiso preferido de Mecenas, de asno salvaje, un alimento inmundo.

Aulio se burló de ellos a cuenta_ de la cabeza de asno, a la que, según se decía, tributaban honores, y lanzó otros sarcasmos sobre su antipatía por la carne de cerdo. Sin duda era porque ese gordo animal había matado a su Baco, y ellos amaban demasiado el vino, puesto que en su templo se había descubierto una viña de oro.

Los sacerdotes no comprendían sus palabras. Fincas, de origen galileo, se negó a traducirlas. En vista de ello se desbordó la ira de Aulio, tanto más porque el asiático, atemorizado, había desaparecido; y la comida le desagradaba, los manjares eran vulgares y no estaban disfrazados suficientemente. Se calmó al ver rabos de ovejas sirias, que son paquetes de grasa.

La índole de los judíos horrorizaba a Vitelio. Su dios podía ser muy bien Moloch, altares dedicados al cual había encontrado en el camino, y recordaba los sacrificios de niños, así como lo que se decía del hombre al que engordaban misteriosamente. A su corazón de latino le desagradaban su intolerancia, su furor iconoclasta, su obstinación brutal. El procónsul quería irse, pero Aulio se negó. Con la toga bajada hasta las caderas, yacía detrás de un montón de víveres, demasiado repleto para comerlos, pero obstinado en no dejarlos.

La exaltación de la gente aumentaba. Se entregaban a proyectos de independencia y recordaban la gloria de Israel. Todos los conquistadores habían sido castigados: Antígono, Craso, Varo...

-¡Miserables! -gritó el procónsul, pues entendía el idioma siríaco y su intérprete sólo servía para darle más tiempo para responder.

Antipas se apresuró a sacar la medalla del Emperador y, al tiempo que lo observaba tembloroso, la presentó del lado de la imagen.

Las puertas de la tribuna de oro se abrieron de pronto, y al resplandor de los cirios, rodeada por sus esclavas y entre festones de anémonas, apareció Herodías, tocada con una mitra asiría sujeta a la frente con un barboquejo, la cabellera en espirales extendida sobre un peplo escarlata hendido a lo largo de las mangas. Dos monstruos de piedra, semejantes a los del tesoro de los Atridas, se alzaban a los lados de la puerta y hacían que se pareciese a Cibeles acompañada por sus leones. Desde lo alto de la balaustrada que dominaba a Antipas y con una pátera en la mano, gritó:

-¡Larga vida al César!

Este homenaje fue repetido por Vitelio, Antipas y los sacerdotes.

Pero del fondo de la sala llegó un murmullo de sorpresa y de admiración. Había entrado una joven.

Bajo un velo azulado que le ocultaba el pecho y la cabeza se distinguían los arcos de sus ojos, las calcedonias de sus orejas y la blancura de su piel. Le cubría los hombros un paño de seda tornasolada sujeto a la cintura por un ceñidor de orfebrería. Sus calzones negros estaban sembrados de mandrágoras y de una manera indolente hacía crujir sus menudas pantuflas de plumón de colibrí.

En lo alto del estrado se quitó el velo. Era Herodías tal como había sido en su juventud. Luego comenzó a danzar.

Sus pies se adelantaban el uno al otro al ritmo de la flauta y de un par de crótalos. Sus brazos torneados llamaban a alguien que huía siempre. Ella lo perseguía, más ligera que una

mariposa, como una Psique curiosa, como un alma vagabunda, y parecía a punto de volar.

Los sonidos fúnebres de la gíngra⁴ reemplazaron a los crótalos. A la esperanza seguía el abatimiento. Las actitudes de la joven expresaban suspiros y toda su persona tal languidez que no se sabía si lloraba a un dios o moría acariciada por él. Con los ojos entornados retorció la cintura, balanceaba el vientre con ondulaciones de oleaje, hacía temblar los senos, pero su rostro permanecía inmóvil y sus pies no se detenían.

Vitelio la comparó con Mnester, el pantomimo. Aulio seguía vomitando. El tetrarca se sumía en un ensueño y ya no pensaba en Herodías. Creía verla junto a los saduceos. La visión se alejó.

Pero no era una visión. Herodías había hecho educar lejos de Macháerus a su hija Salomé, para que el tetrarca la amara. Y la idea era buena, ahora estaba segura de ello.

Luego vino el arrebató del amor que quiere ser satisfecho. La joven bailó como las sacerdotisas de la India, como las nubias de las cataratas, como las bacantes de Lidia. Se inclinaba hacia todos los lados, como una flor a la que azota la tempestad. Los brillantes de sus orejas resaltaban, el paño de su espalda se tornasolaba, de sus brazos, sus pies y sus ropas brotaban chispas invisibles que inflamaban a los hombres. Cantó un arpa y la multitud la acogió con aclamaciones. Sin doblar las rodillas, separando las piernas, se encorvó tanto que su mentón rozó el piso; y los nómadas habituados a la abstinencia, los soldados romanos expertos en orgías, los publicanos avaros, los viejos sacerdotes agriados por las disputas, todos, dilatando las aletas de la nariz, palpitan de deseo.

Luego giró alrededor de la mesa de Antipas, frenéticamente, como el rombo de las hechiceras, y con una voz que entrecortaban sollozos de voluptuosidad, él le decía: "¡Ven, ven!" Ella seguía girando, los tímpanos sonaban hasta casi estallar, la multitud aullaba. Pero el tetrarca gritaba con más fuerza:

-¡Ven! ¡Ven! ¡Cafarnaúm será tuya! ¡Y también la llanura de Tiberíades! ¡Y mis ciudadelas! ¡La mitad de mi reino!

Ella se puso boca abajo apoyada en las manos y con los pies en el aire, y así recorrió el estrado como un gran escarabajo. De pronto se detuvo.

Su nuca y sus vértebras formaban ángulo recto. Los forros de colores que le envolvían las piernas le pasaban sobre el hombro como arcos iris y llegaban hasta su rostro, a un codo del suelo. Tenía los labios pintados, las cejas muy negras, los ojos casi terribles, y las gotitas de su frente parecían rocío sobre mármol blanco.

Ella no hablaba. Se miraban.

En la tribuna sonó un chasquido de dedos. La joven subió a ella, reapareció, y ceceando un poco pronunció, en tono infantil, estas palabras:

-Quiero que me des en una bandeja la cabeza de...

Había olvidado el nombre, pero añadió, sonriendo:

-¡La cabeza de Iaokanann!

El tetrarca se desplomó, abatido.

Estaba obligado por su palabra y el pueblo esperaba. Pero la muerte que le habían predicho, al aplicarse a otro, tal vez evitaría la suya. Si Iaokanann era verdaderamente Elías, podría eludirla; si no lo era, el homicidio no tenía importancia.

Mannaei estaba a su lado y comprendió su intención.

Vitelio lo llamó para comunicarle la contraseña de los centinelas que guardaban el foso.

⁴ Flauta fenicia que se tocaba en ¡ceremonias fúnebres

Aquello era un alivio. ¡Un minuto después todo habría terminado!

Pero Mannaiei no se apresuró a cumplir su tarea.

Volvió, pero muy agitado.

Desde hacía cuarenta años ejercía la función de verdugo. Era él quien había ahogado a Aristóbulo, estrangulado a Alejandro, quemado vivo a Matatías y decapitado a Zósimo, Pappo, José y Antípater, ¡pero no se atrevía a matar a Iaokanann! Le castañeteaban los dientes y le temblaba todo el cuerpo.

Había visto delante del foso al Gran Ángel de los samaritanos, completamente cubierto de ojos y blandiendo una espada inmensa, roja y dentellada como una llama. Dos soldados llevados como testigos podían confirmarlo.

Nada habían visto los soldados, salvo a un capitán judío que se lanzó sobre ellos y que ya no vivía.

El furor de Herodías se desbordó en un torrente de injurias populacheras y crueles. Se rompió las uñas en la reja de la tribuna y los dos leones esculpidos parecían morderle los hombros y rugir como ella.

Antipas la imitó, y los sacerdotes, los soldados, los fariseos y todos reclamaban una venganza, mientras los otros se indignaban porque se les demoraba un placer. Mannaiei salió, ocultándose la cara.

A los invitados les pareció que pasaba más tiempo que la primera vez y se aburrían.

De pronto, resonó en los corredores un ruido de pasos. El malestar se hacía intolerable.

La cabeza llegó, y Mannaiei la asía por el cabello en el extremo del brazo, orgulloso por los aplausos.

La colocó en una bandeja y la presentó a Salomé.

La joven subió rápidamente a la tribuna. Muchos minutos después la cabeza fue traída nuevamente por la anciana que el tetrarca había visto por la mañana en la azotea de una casa y luego en la habitación de Herodías.

Antipas retrocedió para no verla. Vitelio le lanzó una mirada indiferente.

Mannaiei bajó del estrado, la mostró a los capitanes romanos y, acto seguido, a todos los que comían por aquel lado.

La examinaron.

La hoja afilada del instrumento, al deslizarse de arriba abajo, había cortado ligeramente la mandíbula. Una convulsión estiraba las comisuras de la boca. Sangre, cuajada ya, salpicaba la barba. Los párpados cerrados estaban pálidos como conchas. Y los candelabros de alrededor los iluminaban.

La cabeza llegó a la mesa de los sacerdotes. Un fariseo la invirtió con curiosidad, y Mannaiei, después de volver a enderezarla, la colocó delante de Aulio, que despertó. Por la apertura de las pestañas, las pupilas muertas y las pupilas apagadas parecieron decirse algo corrieron lágrimas. Luego Mannaiei la presentó a Antipas, y por las mejillas del tetrarca.

Las antorchas se apagaron. Los invitados se fueron, y en la sala sólo quedó Antipas, con las manos pegadas a las sienes y contemplando la cabeza cortada, mientras Fanuel, de pie en medio de la gran nave, murmuraba oraciones con los brazos abiertos.

En el momento en que salía el sol, dos hombres enviados hacía tiempo por Iaokanann se presentaron con la respuesta tan esperada.

La entregaron a Fanuel, que se quedó embelesado. Luego les mostró el objeto lúgubre depositado en la bandeja los restos del festín. Uno de los hombres le dijo: -¡Consuélate! ¡Ha descendido entre los muertos para anunciar a Cristo!

El esenio comprendió entonces las palabras: "Para que él crezca yo tengo que empequeñecerme".

Y los tres tomaron la cabeza de Iaokanann y se fueron por el lado de Galilea.
Como pesaba mucho, la llevaban alternativamente.